

CRISTIANDAD

Año XVII - Núm. 356

BARCELONA

Octubre 1960

Depto. legal. B. 15.860-1958

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Majestad románica, siglo XII
Baget (Gerona)



Reina Jesucristo en la mente de los INDIVIDUOS por sus doctrinas, reina en los corazones por la caridad, reina en la vida humana por la observancia de sus leyes y por la imitación de sus ejemplos.

Reina también en la SOCIEDAD DOMÉSTICA cuando, constituida por el sacramento del matrimonio cristiano, se conserva inviolada como una cosa sagrada, en la que el poder de los padres sea un reflejo de la paternidad divina, de donde nace y toma el nombre; donde los hijos emulan la obediencia del Niño Jesús, y el modo todo de proceder hace recordar la santidad de la familia de Nazaret.

Reina finalmente Jesucristo en la SOCIEDAD CIVIL cuando, tributando en ella a Dios los supre-

mos honores, se hacen derivar de Él el origen y los derechos de la autoridad, para que ni en el mandar falte norma, ni en el obedecer obligación y dignidad; cuando, además, le es reconocido a la Iglesia el alto grado de dignidad en que fue colocada por su mismo autor, a saber, de sociedad perfecta, maestra y guía de las demás sociedades; es decir, tal que no disminuya la potestad de ellas – pues cada una en su orden es legítima – sino que les comunique la conveniente perfección, como hace la gracia con la naturaleza; de modo que esas mismas sociedades sean a los hombres poderoso auxiliar para conseguir el fin supremo, que es la eterna felicidad, y con más seguridad provean a la prosperidad de los ciudadanos en esta vida mortal. (Pío XI, «Ubi arcano»)

PAX CHRISTI IN REGNO CHRISTI

«LA CIMA A QUE ASPIRAMOS»

«Con nuestra autoridad apostólica establecemos la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo Rey, decretando que se celebre en todas las partes de la tierra el último domingo de octubre, esto es, el domingo precedente a la fiesta de Todos los Santos. Igualmente ordenamos que en ese mismo día se renueve cada año la consagración de todo el género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús, que nuestro predecesor de santa memoria, Pío X, había mandado que se repitiera anualmente».

Con estas sencillas palabras instituía Pío XI la fiesta de Cristo Rey y la unía estrechamente a la del Corazón de Cristo, significando la íntima trabazón de su Realeza y de su Amor.

Cómo mensaje de exhortación y de gracia a un mundo cada día más alejado de la verdadera paz, Pío XI se dirigía a los renegados, a los dudosos, a los indecisos, a los fluctuantes, que, o se negaban a seguir al Redentor glorioso, viviente y operante siempre en su Iglesia, o lo seguían con descuido y flojedad.

Y para ello no se contentaba con un documento solemne, sino que instituía una nueva fiesta litúrgica: «porque los documentos, la mayor parte de las veces, sólo los toman en consideración unos pocos hombres instruidos; en cambio, las fiestas conmueven y amaestran a todos los fieles. Aquéllos hablan una sola vez; éstas, por decirlo así, todos los años y perpetuamente; aquéllos tocan sobre todo la mente; éstas, en cambio, no sólo la mente, sino también el corazón, y, en suma, todo el hombre.

Esto ocurría al final del Año Santo 1925, cuando el mundo se hallaba a mitad de camino entre la 1.ª y la 2.ª Gran Guerra.

* * *

Han transcurrido 35 años de la introducción de aquella fiesta litúrgica. Pío XI nos hablaba, entonces, del germen de la discordia esparcido por todas partes («Quas Primas»); Juan XXIII nos habla hoy de una situación tan incierta que deja en duda si se camina hacia una paz sólida y verdadera o más bien se corre con extrema ceguera hacia una nueva y tremenda conflagración bélica. («Ad Petri Cathedram»).

La humanidad, con un progreso técnico jamás sospechado y un inmenso vacío espiritual, sigue dividida y terriblemente armada: a un lado Occidente, basado en el estado demo-liberal rusioniano que prescinde de Dios; al otro, el mundo comunista, basado en los principios del materialismo histórico, que niega toda realidad trascendente y reduce las relaciones humanas al frío determinismo de unas leyes económicas. Y los demás pueblos, debatiéndose entre sus viejas supersticiones y las «nuevas» ideas que, con los productos de la técnica, les llegan de aquellos dos mundos.

Mientras Cristo, el Rey pacífico que vino para reconciliar todas las cosas, es todavía, después de veinte siglos, el gran desconocido, ignorado de la mayor parte de los hombres, y aún renegado y odiado por muchos.

¿Cómo se explica esto, cuando los pueblos rectores del mundo — nuestra vieja Europa antes, Rusia y América hoy — son precisamente los más favorecidos por la semilla evangélica?

Es que el cisma y la herejía esterilizaron su cristianismo y la Revolución, con su doble vertiente laicista o atea, va consumando su apostasía... Por esto la fiesta de Cristo Rey la instituyó Pío XI como remedio efficacísimo contra el laicismo, peste de nuestra edad según la enérgica expresión del Pontífice.

Un liberalismo anticuado observaba Pío XII, quiso, sin la Iglesia y contra ella, crear la unidad mediante la cultura laica y un humanismo secularizado. ¿Cuál fué su resultado? La tumba de la santa libertad humana; las organizaciones forzadas; un mundo que en brutalidad y barbarie, pero, sobre todo, en funesta desunión y en falta de seguridad no había conocido otro igual. (RM Navidad 1945).

La razón de este fracaso podemos hallarla en estas palabras del primer Mensaje de S. S. Juan XXIII: porque la paz exterior sólo es posible si refleja y está

guiada por una paz interior, sin la que cualquier cosa fluctúa de manera incierta y sin rumbo. Desde luego, no podrá darse ninguna paz sincera a los ciudadanos, pueblos y naciones si no la llevan en su misma alma. Solamente la santísima religión de Dios puede, por tanto, alimentar, fortalecer y consolidar la paz.

En otras palabras, sólo la libre aceptación del Reino de Cristo puede dar al mundo la verdadera paz: entonces— como afirmaba León XIII en la «Annum Sacrum»— *todo derecho adquirirá su antigua fuerza, se restaurarán los ornamentos de la paz, caerán de las manos las espadas y las armas, cuando todos acepten el imperio de Cristo, gustosos le obedezcan y toda lengua confiese que Nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.*

Pero, ¿será una utopía lo que los Papas, desde hace un siglo, vienen reiterando al mundo moderno? ¿se engañarán, uno tras otro, al proponerle este «remedio eficaz»?

El Reino de Cristo no es una utopía. Como la santidad individual, es un ideal verdadero, posible y realizable, aunque sea con las deficiencias propias de nuestra naturaleza caída y redimida.

Con esta esperanza cierta, nuestro Papa Juan XXIII — como Pío XI en 1925— levanta hoy de nuevo ante el mundo la enseña pacífica de Cristo Rey:

«Pío XI se había propuesto por divisa LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO. Esta es también la primera y principal de nuestras preocupaciones pastorales, esta es la cima a que aspiramos». (Del discurso al Congreso Tomístico internacional, pronunciado el 16 del pasado mes de septiembre).



ORACION DEL PAPA POR EL CONCILIO

¡Oh divino Espíritu, que, enviado por el Padre en el nombre de Jesús, asistes y guías infaliblemente a la Iglesia, derrama sobre el Concilio Ecuménico la plenitud de tus dones!

¡Oh dulce Maestro y Consolador!, ilumina la mente de nuestros Prelados, que, solícitos a la invitación del Sumo Pontífice Romano, se reunirán en solemne asamblea.

Haz que este Concilio produzca abundantes frutos; que cada vez se difunda más la luz y la fuerza del Evangelio en la sociedad humana; que la religión católica y su empresa misionera adquieran nuevo vigor; que se alcance un conocimiento más profundo de la doctrina de la Iglesia y un incremento saludable de las costumbres cristianas.

¡Oh Dulce Huésped de las almas!, afianza nuestras mentes en la verdad y prepara a la obediencia nuestros corazones, para que las deliberaciones del Concilio encuentren en nosotros un asentimiento generoso y pronto cumplimiento.

Te pedimos también por las ovejas, que ya no son del único redil de Jesucristo, para que también ellas, que todavía se glorían del nombre cristiano, puedan finalmente encontrar la unidad bajo un solo Pastor.

Renueva en nuestra época los prodigios de un nuevo Pentecostés, y haz que la Iglesia santa, congregada en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, extienda el reino del Salvador divino, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Así sea.

Los artículos que siguen, *Consideraciones en torno al «como» del Reinado de Cristo en la tierra y sobre la actitud del cristiano ante lo temporal*, recogen temas suscitados en las II CONVERSACIONES DE INTELLECTUALES DE POBLET (Septiembre 1960), en las que sus autores Rvdo. Arimon y Dr. Canals desarrollaron, con el Dr. Enrique Freixa Pedrals, la ponencia: *Encarnacionismo y escatologismo en la actuación del cristiano*.

CONSIDERACIONES EN TORNO AL «COMO» DEL REINADO DE CRISTO EN LA TIERRA

Hay un total acuerdo en el mundo cristiano respecto a la esencia del sentido, que tiene en la Revelación, "el reinado de Cristo sobre la tierra" y hay también perfecto acuerdo en que Cristo no puede reinar sobre los corazones de los hombres ni en la sociedad, si aquellos no *ajustan* su pensamiento al pensamiento de Cristo (1). "Cristo reina, dice Pío XI, en la mente de los hombres, no sólo por la elevación de su pensamiento y por lo vasto de su ciencia sino también por que *Él* es la Verdad y *es necesario que los hombres reciban con obediencia la verdad de Él*"; y no someten su voluntad a la voluntad de Cristo (2) "igualmente, añade el Papa, reina en la voluntad de los hombres ya porque en *Él* a la santidad de la voluntad divina responde la perfecta integridad y sumisión de la voluntad humana, ya porque con sus inspiraciones influye en nuestra libre voluntad de tal modo que nos inflama hacia las cosas más nobles."

Las palabras del Papa al interpretar la naturaleza de la realeza de Cristo, no son en definitiva más que una profunda forma de expresión del sentir común cristiano sobre este dogma. Sin embargo, si paragonamos ese ideal cristiano del reino de Cristo sobre la tierra con la propia historia de la humanidad, vemos que este "mundo mejor", que es nuestro anhelo, el reino de Cristo sobre la tierra, incide en dos grandes misterios: el misterio de que los hombres "quieran" ser buenos y el misterio de que en realidad de verdad "sepan cómo" han de serlo, que quieran obrar el bien y que "objetivamente" lo logren.

* * *

Que la segunda parte del problema, objeto de este artículo, se plantea según acabamos de enunciar puede hacerse patente con poderosos argumentos apriorísticos; la recta apreciación del bien moral, aún cuando es fácilmente visible, será en muchos casos por distintas causas difícil de conseguir. Lo teólogos católicos, sin olvidar a Santo Tomás, abundan en textos que apoyan nuestro aserto y huelga traer aquí los múltiples argumentos que aducen, que por otra parte el buen sentido sugiere de un modo inmediato. Pero no interesa menos ahora fijar la atención en una constante histórica al respecto; la desavenencia de muchos hombres de buena voluntad, en innumerables casos concretos, sobre la actitud moral que hay que adoptar en los mismos, o si se quiere, con una formulación más adecuada al tema, la discrepancia con relación a los medios concretos para realizar el reino de Cristo sobre la tierra, aun sin

directo de la contundencia de una norma precisa, v. gr.: de un precepto del Decálogo. Y aún entonces, ¡cuán fácil ha resultado, nos dice la historia, trastocar el signo moral de las actitudes humanas!

Recordemos, siquiera por vía de ejemplo, algunos motivos que han sido objeto de frecuentes abusos de buena fe; el respeto a la vida humana, los bienes económicos, la cooperación en política y en la profesión, la justicia social, etc., etc. Por tanto, en la vida católica de hoy y en la instauración del reino de Cristo, creemos que de ningún modo tiene una importancia secundaria, precisar las actitudes generales y estudiar al mismo tiempo sus modos de aplicación. Cuando más perfecta sea la estructuración general y cuantas más aplicaciones concretas puedan definirse en la misma, tanto más podrá decirse en qué ha de consistir el "cómo" de la realización del reino de Cristo sobre la tierra. En una palabra, para un cristiano sincero no es difícil saber a dónde hay que ir, sin saber además "cómo" hay que ir; aún después de una irrevocable determinación en la elección del fin.

Al tratar de poner de relieve esta problemática relacionada evidentemente con recientes orientaciones teológicas respecto a la "renuncia" o "asimilación" de los bienes sensibles, coexistentes con los bienes intrínsecamente sobrenaturales, no pretendemos sino *subrayar insistentemente* la necesidad de dar una interpretación precisa y, revisar ideas vigentes respecto al "modo" de realización del reino de Cristo, que equivale a la realidad de un "mundo mejor" en el pleno sentido de la expresión.

En la idea de reino terminantemente expresada por Cristo al ponerla por fundamento de la misión que encomendaba a sus apóstoles, "me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra" (Mt. XXVIII, 18) y, por San Pablo, cuando dice, que Dios "nos dio a conocer el misterio de su voluntad... que se propone realizar en Cristo reuniendo todas las cosas, las de los cielos y de la tierra en *Él*", no se abandona *la posición de síntesis* orientadora del problema.

Esta "posición de síntesis", basada en el dominio de la Encarnación y en una antropología teológica supone, a nuestro modo de ver, una "asunción" de la realidades terrestres en cuanto son el elemento "constructivo", en manos del espíritu del hombre cristiano, del reinado de Cristo sobre la tierra. En modo alguno podemos considerar, principalmente, a las realidades terrestres en cuanto a tales como "destructivas" del reino de Cristo, o, simples escollos en orden a su consecución.

Por todo ello diremos que el hombre tiene la "misión" de un quehacer temporal, pues toda la realidad humana en la vida presente está condicionada por un elemento material correlativo al espiritual. Por eso en la asimilación

(1) Quas primas, Pío XI - 11 diciembre de 1925.

(2) *idem*.

otorgar a la expresión "mejor medio" un valor absoluto. Discrepancia que es más divergente a medida que la actitud concreta que se juzga parece situarse fuera del alcance individual y colectiva del hombre a Cristo, fundada en la relación personal de amor entre el hombre y Dios, se implica la "asunción" de las distintas "realidades vitales" del hombre y por tanto "terrenas" en una unidad personal incorporada a Cristo.

* * *

El quehacer del hombre, al menos cuantitativamente, dependerá, mientras viva en este mundo, sobre todo de la realidad material, por cuanto el hombre "está en ella" y es ineludible en él el afán de poner las fuerzas de la naturaleza al servicio de sus deficiencias.

El hombre tiene prácticamente infinitas posibilidades de elección de objeto sobre el que verse su acción en la presente vida. De donde toda actividad humana sobre realidades terrestres, ciencia, arte, técnica, etc., con sus repetidas realizaciones parece que ha de implicar un valor de permanencia en el sujeto y no una mera condición para lograr la felicidad eterna.

De otro modo, ha de quedar algo en el hombre de todos sus afanes para las cosas de este mundo en cuanto son elemento necesario de su perfección subjetiva, pues ninguna actividad propia del hombre deja de pertenecer a todo el hombre. La unidad radical de la persona por la unidad de su acto de libre elección, que es medio necesario al fin último, Dios, sintetiza este enriquecimiento personal de un modo permanente para la propia perfección en este mundo y con continuidad en el futuro. De este modo el hombre incorpora "su uso" del mundo, que ahora le circunda, al reino de Cristo, en un "modo" asimilativo.

* * *

Esa "consagración", llamémosla así, de lo temporal, destinada a la perfección del hombre, supone evidentemente una subordinación del bien sensible a un bien superior. De donde, a pesar de la enorme importancia cuantitativa de la acción del hombre en lo terreno, nunca podrá presentarse la evidente exigencia racional de esta última como norma previa necesaria para la búsqueda o consecución del bien

supremo. Este "cómo" del reino de Cristo, admite, en el mismo, la presencia del esplendor del acto heroico, la renuncia de lo racionalmente conveniente. Es decir, en la perfección integral del hombre, aun concebida como un "encarnacionismo" de lo temporal, cabe la contradicción directa con el bien terreno.

En principio se asignaría, en esta concepción de la vida cristiana, a la "utilización" de los bienes sensibles un carácter integramente funcional, al servicio del espíritu. Norma que debería tener un alcance a la vez individual y comunitario. Quizá se dirá, ha sido siempre un principio de interpretación evangélica de la vida, sin embargo, si imaginamos una extensión universal del principio, pronto nos daremos cuenta que en gran parte del modo histórico de la vida cristiana, lo que ha habido de auténtico en la misma se ha visto obligado a sortear muchos ídolos domésticos.

Consecuencia inmediata de lo dicho sería una limitación en el goce de todo bien temporal, que no condujera a la perfección de la persona. La fruición sensible que ha inficionado la vida cristiana de los poderosos de todos los tiempos y cuya repercusión social perturbadora en incalculable quedaría condenada en cuanto no sirviera directamente a valores más elevados.

La auténtica vida cristiana tendría por norma de su conducta la abstención, dentro de los límites de lo discernible, de los bienes de confort superfluo. En una sociedad organizada según estos criterios se daría una prelación a los bienes de producción sobre los bienes de consumo, en cuanto aquellos significan, o al menos pueden significar, extender al mayor número la posibilidad de que se hagan más aptos para el mejor servicio de su destino espiritual.

La decisión entre el "uso" y la "renuncia", que es siempre materia de elección personal, queda en incontables casos sumergida en el misterio de la prudencia cristiana, es decir, sin una claridad perfecta respecto al mejor medio a elegir para ir con seguridad hasta la meta. Esto no significa otra cosa que, en último término, el cristiano ha de abandonarse confiadamente en las manos de la Providencia de Dios, su Padre. Sin embargo, subsiste el permanente y acuciante deber de precisar las normas de las decisiones personales y colectivas, de la acción humana sobre el mundo de aquí, si hemos de señalar a las hombres "como" han de realizar el Reinado de Cristo sobre la tierra.

GINÉS ARIMÓN, Pbro.

SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

EDITORIAL: «La cima a que aspiramos».

Sobre el «como» del Reinado de Cristo en la Tierra, por Ginés Arimón, Pbro.

Realeza de Cristo y cristianismo de trascendencia, por Javier Hormazas.

Sobre la actitud del cristiano ante lo temporal, por Francisco Canals.

La Iglesia católica y el pueblo judío, por Juan Manuel Igartua, S. I.

Jesucristo, Rey de los Judíos, Textos Sda. Escritura.

Los mártires de Nagasaki.

El DOMUND de la caridad, por Angel Sagarmíniga.

San Antonio M.^a Claret y el dogma de la infalibilidad, por Martirian Brunsó, Pbro.

A propósito de crítica dentro de la Iglesia, por E. Guerrero, S. I.

La Iglesia y la revolución cubana, por Jesús Sainz Mazpule.

Papini y «El Juicio universal», por Francisco Salvá Miquel.

LA REALEZA DE CRISTO Y EL CRISTIANISMO DE TRASCENDENCIA

Por la especial oportunidad de su doctrina reproducimos este artículo publicado en CRISTIANDAD n.º 15-X-1954).

El 15 de marzo de 1952 se estrenaba en el teatro "Athénée-Louis Jouvet" la adaptación francesa del drama de Fritz Hochwälder "...Así en la tierra como en el cielo". Éxito ruidoso: en ese París donde tantas cosas pasan sin pena ni gloria, el drama permaneció con lleno diario por más de un año. Éxito tanto más de admirar dada la índole del asunto: un drama en el que intervenían sólo varones y cuyos protagonistas son unos cuantos jesuitas. Desde luego, el drama era de calidad artística. Históricamente, sin embargo, totalmente falso—presentaba unos problemas de las Reducciones Jesuísticas del Paraguay que jamás hubieron lugar—. Escenificaba una cuestión de ascética mal tratada y peor resuelta. Pero por encima de esos valores y defectos, encerraba una tesis dogmática: la realización del reino de Dios en la tierra es obra del diablo. La misión del ministro de Cristo es sólo la de ser testigo de Dios, ministro de su Palabra, sin pretender comprometerse ni influir en ninguna organización terrena.

Así, con un arte exquisito, con su dosis populachera de leyenda negra a costa de España, se presentaba al gran público la nueva doctrina de las "trascendencia" que ya desde 1940 se iba insinuando en ciertos medios franceses. Para comprenderla, situémosla históricamente.

Después de la ofensiva liberal, se dio el fenómeno del cristianismo de "encarnación", así llamado por su intento de impregnar lo terreno de la doctrina de Cristo, "encarnar" esta doctrina en las cosas humanas: el Estado, la familia, la vida profesional. Hay un conato por la constitución de una civilización cuyo fundamento doctrinal sea cristiano. La divisa de San Pío X "Instaurare omnia in Christo", es la consigna; la fiesta de Cristo Rey, el símbolo; la encíclica "Quas Primas", la carta magna. Cristo es, según la doctrina pontificia, Rey no sólo de los individuos, sino también de la sociedad, y no sólo Rey por ser Dios, sino también por ser Hombre-Dios, con un derecho de herencia—Hijo de Dios—y con un derecho de conquista—Redentor—. A esta doctrina se la ha llamada de "encarnación", repetimos, porque no pretende únicamente una yuxtaposición de Dios y la sociedad, sino que ésta se empape de Dios, que se transforme recibiendo en sí como principio interno y dinámico la doctrina de Cristo.

Evidentemente que esta doctrina no tiene necesidad de defensa: es la tradicional de la Iglesia y nos basta el constante llamamiento de los Romanos Pontífices por todo un siglo como oposición al espíritu liberal.

Pero no se puede negar que precisamente por influencia del liberalismo, ha habido una desviación en la doctrina verdadera. Se ha pretendido en ciertos ambientes identificar el reino de Cristo con una forma determinada de gobierno: la democracia—recuérdese "Le Sillon" y sus epígonos de las democracias cristianas—, cuando al mismo tiempo se le dejaba tan poco lugar a Cristo en esas democracias. Se ha limitado el concepto de "lo social" a "lo económico". Se ha pretendido defender "la civilización cristiana" no con las armas del espíritu y la acción propugnada por los Soberanos Pontífices, sino a base de estériles conversaciones internacionales. En muchos sectores, que se han presentado en diversos sitios como detentadores en exclusiva de la doctrina de Cristo, se ha desobre-

naturalizado el cristianismo, se lo ha rebajado a la categoría de partido político, con manifestaciones ruidosas tan alejadas del espíritu de las Bienaventuranzas, y se ha pretendido excluir del cristianismo a quienes no pensarán conforme a la ideología política de tales exclusivistas (1). En una palabra, los hombres educados en el liberalismo han infundido su espíritu naturalista a la doctrina verdadera y hoy, en contraste con lo que ocurría en pleno liberalismo hace cien años, se puede afirmar que existen orientaciones políticas que se confiesan cristianas, sí; pero cuyo cristianismo no es el de Cristo, cuyo cristianismo no es sino una etiqueta externa para un contenido que sigue siendo liberal.

Como era de esperar, una reacción se imponía. La reacción legítima era la de hacer brillar en todo su esplendor la doctrina pontificia y el llevarla a la práctica. Mostrar la Realeza de Cristo en su ser auténtico y acatarla. Pero la reacción que se inició más o menos hacia 1940 vino tarada también por el pecado original del liberalismo. Y, a grandes rasgos, ha propuesto así su tesis: "el reino de Dios es algo eminentemente escatológico, sólo en el orden del misterio se realiza en este mundo". "Las 'cristiandades' son todas caducas y transitorias, no tienen ningún sentido definitivo, en frase del drama de Hochwälder, son el Anticristo". "El hombre cristiano no va a conquistar la sociedad para Cristo, sino tan sólo a ser testigo de Cristo. No pretende conquistar ambientes, sólo está presente en ellos. No es que desprecie la Iglesia, pero en ella atiende preferentemente al vínculo invisible de unión. ¿La relación de la Iglesia con el mundo? De ruptura: el mundo es malo, no puede haber trato con él ni intentos inútiles de mejorarlo". La posición lógica sería la de acabar de destruir el mundo que anda, según los "cristianos de la trascendencia, irrediblemente hacia la perdición, no porque los hombres anden errados, sino porque el mundo es en sí malo—recuérdense en este sentido varias orientaciones de la nación vecina—. Con todo, algunos, ilógicamente, admiten una acción en este mundo, pero una acción sin sentido, que no va a obtener un mundo mejor, sino simplemente, a hacer "algo". "En Cristo, dicen, no hay que atender al Hombre, sino al Verbo. Más que en la época de Cristo Rey estamos en la del Espíritu Santo. ¿No es índice de ello la oleada de profetismo que se adivina en tantos ambientes?" "Hay que volver a lo puro espiritual, a los medios exclusivamente sobrenaturales"...

Mucho más podríamos extendernos sobre este cristianismo de "trascendencia"; sólo hemos catalogado brevemente los puntos que se relacionan con nuestro tema. A primera vista podemos afirmar que tiene esta doctrina un aspecto simpático al cristiano: la insistencia en lo sobrenatural. Sin embargo, bajo esta capa tan atractiva, se esconde un virus terrible: la herejía liberal con el sello inconfundible esta vez de su progenitor, el protestantismo.

Oigamos las palabras, que deben ser nuestra guía, del Papa: "Bajo pretexto de defender a la Iglesia contra el "riesgo de desmerecerse en la esfera de lo "lo temporal", "una consigna lanzada hace algunas decenas de años sigue "escuchándose en el mundo: el regreso a lo puramente "espiritual". Y por esto se entiende el confinarla estrictamente

"tamente al terreno de la enseñanza exclusivamente dogmática, a la ofrenda del santo sacrificio, a la administración de los sacramentos; el prohibirla toda inscurción, incluso todo derecho de consideración en el dominio de la vida pública y toda intervención en el orden civil o social.

"Como si el dogma no tuviese nada que ver con todos los campos de la vida humana, como si los ministerios de la fe con sus riquezas sobrenaturales, debieran abstenirse de mantener y tonificar la vida de los individuos y, por consecuencia lógica, de armonizar la vida pública con la ley de Dios, de impregnarla con el espíritu de Cristo! Semejante vivisección es sencillamente anticatólica.

"La consigna, por el contrario, debe ser: para la fe, para Cristo, en toda la medida de lo posible, presencia en todas partes donde los intereses vitales están en discusión, en todas partes donde están en deliberación las leyes que conciernen al culto de Dios, al matrimonio, la familia, la escuela, el orden social, en todas partes donde se forja, por medio de la educación, el alma de un pueblo." Y un poco más adelante, añade: "En muchas ocasiones durante estos años hemos insistido en esta recomendación. Y es que hasta dentro de las filas de los católicos, se abren paso ciertas tendencias que querían asimilar la doctrina de la Iglesia con teorías inconciliables con el pensamiento cristiano" (2). Creemos que queda refutada la tesis de Hochwälder.

La ascendencia protestante es clara: un sobrenaturalismo desencarnado, que no se arraiga en el hombre, sino que queda en una esfera aislada. Un escatologismo exagerado que niega o minimiza la realidad visible del reino de Dios; un pesimismo de raigambre maniquea, que conceptúa el mundo como esencialmente malo y por ende irremediable. De aquí el alejamiento de toda actividad encaminada a obrar en el mundo, en contra de la doctrina de las obras de misericordia predicada por Cristo, en contra del apostolado de conquista instituido por Cristo y practicado por los Apóstoles. Y la consecuencia liberal: separación absoluta entre la religión y la vida, naturalismo en la concepción del Estado. Siempre la misma herejía, la misma constante que no pierde actualidad aunque mude de nombre y aun aparentemente de objetivo.

(1) A este respecto, una anécdota: en dos países europeos, muchos católicos no pertenecen a la Federación de Estudiantes Católicos porque no piensan en democristiano.

(2) Discurso de Pío XII a los congresistas de la "Unión Internacional de Ligas Femeninas Católicas". Normas de Apostolado.

(3) Daniel, 7, 14.

Por eso, ante las desviaciones del cristianismo llamado de "encarnación" como ante las cavilaciones del cristianismo de "trascendencias", urge mantener enhiesta la bandera de la realeza social de Cristo. Cristo, Dios y Hombre, tal como nos lo muestra la Revelación: una sola Persona, divina, que subsiste en dos naturalezas. Sólo este Cristo puede ser Redentor, sólo este Cristo conocemos a través de la palabra de Dios. Sin apartarnos a un extremo nestoriano, como sería el ver en Cristo un hombre constituido persona distinta de la del Verbo — y hacia este punto va la desviación de los "encarnacionistas" —, ni a un extremo monofisita, como es el de olvidar del todo la naturaleza humana de Cristo — y ahí apuntan muchos "trascendentes".

Cristo es Rey como Dios, pero también como Hombre, ya que sólo así se entiende, como advierte Pío XI en "Quas Primas", el pasaje bíblico en que se presenta al Mesías recibiendo "el poder, el honor y el reino" (3). Reino de Cristo, primordialmente espiritual, pero que no excluye la plenitud de soberanía en todos los ámbitos, pues "crasamente erraría quien desposeyera a Cristo hombre de la soberanía de cualesquiera cosas civiles, ya que tiene el derecho absoluto sobre la creación, de tal suerte que todo depende de su voluntad". Quiso Cristo renunciar al dominio inmediato sobre las cosas terrenas porque "no arrebata las cosas percederas el que da los reinos celestiales", pero no quedan excluidos los Estados de acatarle públicamente, más aún en la aceptación por los Estados de la realeza de Cristo está el secreto de su paz, su prosperidad, su dicha, no sólo espiritual, sino también material. Esta es, en extracto, la doctrina pontificia de la "Quas Primas".

Ni naturalismo de la herejía de la acción, ni sobrenaturalismo desencarnado a lo protestante, pues, aunque parezca paradoja, también este sobrenaturalismo es negación de lo sobrenatural cristiano, que vendría exigido como un complemento debido a la naturaleza incomprensiblemente amputada, y así sería algo "natural"; sino lo sobrenatural exacto, lo que no está de ninguna manera "requerido" por la naturaleza completa ya en su orden. A esta categoría pertenece el reino de Cristo: sobrenatural y afincado en lo natural.

El protestantismo revivió con el jansenismo. Quiso reñir batalla bajo la forma modernista y se insinuó como Teología Nueva. Hoy ataca una vez más como "trascendencia". Ante él y ante el liberalismo, su hijuela aplicada a la vida social, se yergue, triunfante, la bandera de Cristo Rey tremolada invictamente por los Papas. ¿No constituye, acaso, todo un programa del Reino de Cristo la invitación a construir un mundo mejor?

JAVIER HORMAZAS
Lovaina

Recordamos a todos... la exhortación que León XIII dirigió al terminar el siglo pasado a todos los cristianos, y a cuantos estaban sinceramente preocupados por su salvación y por la salud de la sociedad civil: «Ved hoy un nuevo signo consolador y divino: el Sacratísimo Corazón de Jesús... a Él debemos pedir y de Él debemos esperar la salvación de los hombres.»

Es también Nuestro ardiente deseo que todos cuantos se glorían del nombre cristiano y combaten por establecer el Reino de Cristo en el mundo, consideren este culto al Corazón de Jesús como la bandera y la fuente de unidad, salvación y paz.

(Pío XII, Enc. «Haurietis Aquas».)

SOBRE LA ACTITUD DEL CRISTIANO ANTE LO TEMPORAL

Encarnacionismo y escatologismo - Encarnacionismo humanista: visión sacral de la Revolución moderna. Escatologismo: desarme del cristiano ante lo temporal y anulación del espíritu de cruzada - La integridad cristiana en el espíritu del Reino de Cristo.

En los últimos años, especialmente en Francia después de la liberación, los problemas en torno a la legitimidad y sentido de un "humanismo cristiano", se han situado cada vez más en el centro de atención del pensamiento católico. Toda una serie de nuevos tratados o capítulos: Teología de las realidades terrenas, Teología de la historia, Teología de la cultura, del trabajo, del arte, de la técnica, del deporte, etc., han surgido al impulso de esta preocupación.

Complejísimo en sus concreciones prácticas, se trata en el fondo de un problema unitario en su raíz, concerniente a las relaciones entre la doble esfera u orden de valores: los que pertenecen al mundo sobrenatural de la gracia y vida eterna, de la adopción como hijos de Dios consumada y manifestada en el Reino trascendente, y los que se refieren al conjunto de tareas que agitan al hombre en este mundo y no sobrepasan el horizonte de su vida terrena y temporal.

En la perspectiva de la vida cristiana en cuanto tal: "¿qué valor pueden tener— se ha escrito sugestivamente— los esfuerzos de los artistas para crear la belleza, los esfuerzos de los científicos para poner la naturaleza al servicio del hombre, los esfuerzos de los médicos para vencer las enfermedades? ¿Qué valor tiene la entrega del cristiano al servicio de los valores profanos: arte, ciencia, progreso social? *Los esfuerzos desplegados en vista a un mejoramiento del mundo de aquí abajo* ¿constituyen sólo una simple "diversión" o una simple ocasión para adquirir méritos, o bien tienen un valor de preparación positiva respecto al Reino que no es de este mundo?

* * *

Cierto catolicismo liberal se ha caracterizado por un dualismo "separatista" entre la naturaleza y la gracia, optimista ante los valores humanos, y celoso de su autonomía frente a la interferencia de lo sobrenatural, entiende el "dad al César lo que es del César" del Evangelio, como si se tratase de una declaración de derechos por la que Dios garantiza la autonomía del hombre en el reino del mundo. De otra parte, para este tipo de catolicismo liberal, el esparanzado entusiasmo por el progreso humano lo mantiene precisamente en una valoración puramente profana y temporal del mismo. Respecto al problema que nos ocupa la escisión y el olvido de las relaciones intrínsecas entre los dos órdenes es el rasgo fundamental de esta mentalidad.

Con la pretensión de superar este dualismo se extendió, principalmente a partir del pontificado de Pío XI, una actitud que, invocando inicialmente las consignas de "instauración de todas las cosas en Cristo" y "la Paz de Cristo en el Reino de Cristo", proclamó como ideal orientador la necesidad de que el espíritu cristiano penetrase en la totalidad de las estructuras sociales humanas y en la integridad de sus valores y dimensiones.

Pero la evolución excesivamente humanista y antropocéntrica de algunos sectores de este movimiento condujo al encarnacionismo exagerado y unilateral. Ha pretendido levantarse contra él más recientemente un "escatologismo" también extremo. Podrían formularse esquemáticamente así las tesis de una y otra tendencia unilateral, sin atribuirles en su carácter radical a todos cuantos participan de ellas:

Para el escatologismo o cristianismo de trascendencia, la vida cristiana se orienta de tal modo a lo eterno, que debe considerarse todo lo terreno no sólo como caduco, sino como ajeno e incongruente con relación al fin último. No tiene sentido el trabajo por una cultura o una sociedad cristiana. El cristiano es en este mundo "cuya figura pasa", testigo del Reino de Dios. Todo esfuerzo por un mundo mejor es puramente secular; para algunos incluso es una tentación satánica la aspiración al Reino de Dios "así en la tierra como en el cielo".

En cuanto al sentido mismo del misterio cristiano, la Teología escatologista propugna la necesidad de considerar en Cristo al Verbo más que al Hombre. La Humanidad fue asumida solo en orden al sacrificio redentor y estamos ya más propiamente en la era "pentecostal" que en la de la del Verbo encarnado.

El encarnacionismo por el contrario arranca como fundamento del hecho de la Encarnación: el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana íntegra, para reformarla también en su integridad.

Pero el encarnacionismo extremo no se limita a deducir de aquí la legitimidad y necesidad de la "recapitulación" de todo en Jesucristo. Para esta tendencia los esfuerzos humanos y profanos, las tareas temporales y sociales, son el camino necesario y positivamente conducente para el Reino de Dios; deben ocupar el primer plano en la función del cristiano como tal. Tales esfuerzos son "la flor que fructifica en el Reino eterno"; con expresión de sabor milenarista se ha dicho también que "la técnica humana prepara el estado de gloria de la tierra al final de los tiempos".

La Iglesia que jamás ha traicionado la felicidad del pueblo con alianzas comprometedoras, no tiene que liberarse de su pasado, sino que le basta reordenar, con la cooperación de quienes verdaderamente trabajan por la restauración social, las organizaciones rotas por la Revolución y adaptarlas, con el mismo espíritu cristiano de que estuvieron animadas, al nuevo medio creado por la evolución material de la sociedad contemporánea; porque los verdaderos amigos del pueblo no son ni revolucionarios ni innovadores, sino tradicionalistas.

(Encíclica NOTRE CHARGE APOSTOLIQUE, Pío X, 25-8-1910)

* * *

En el plano cultural y político puede sin injusticia acusarse a una y otra tendencia, no raramente fundidas o aliadas, de ser continuadoras, en lo más fundamental y profundo, de las desviaciones del catolicismo liberal (1).

El encarnacionismo extremo y humanístico tiende a concebir las transformaciones sociales y políticas que han marcado las sucesivas fases de la Revolución moderna, como constituyendo el advenimiento mismo del Reino de Dios en la tierra (2). El escatologismo en nombre de la "trascendencia" de este mismo Reino de Dios pretende desvalorizar y aún ilegitimar cualquier tarea cultural y política que intente defender "el buen orden antiguo" frente a la Revolución anticristiana.

El encarnacionismo presenta así como algo divino y evangélico las actuaciones políticas o sociales de signo izquierdista y en la actualidad atribuye carácter "sacral" a la acción del progresismo y cristianismo de izquierda. El escatologismo condena como satánicas o profundamente anticristianas—en realidad como lo único verdaderamente anticristiano que existe en el mundo moderno—las actitudes que *con frase capciosa y profundamente falsa caracteriza como conservadoras y derechistas*, términos con los que se quiere aludir en el fondo no a las actitudes conservadoras, esto es, "conservadoras de la Revolución", sino a las actitudes cristianas, esto es, "contrarrevolucionarias" (3).

* * *

En la perspectiva del misterio revelado y de la vida cristiana una y otra tendencia falla por su exclusivismo y carácter unilateral, mientras ofrece una apariencia de verdad en cuanto pretende completar el vacío u olvido de la tendencia contraria.

La afirmación escatologista debería aceptarse como íntegramente válida si se limitase a insistir en la unicidad del fin último del orden universal y de la economía redentora, que es la bienaventuranza eterna de los elegidos; por lo mismo podrá parecer verdadera si se la considera solo como réplica a las opuestas desviaciones de un encarnacionismo unilateral de horizonte antropocéntrico y mundano. Pero resulta no obstante en sí misma profundamente desviada, por cuanto a pretexto de la primacía de lo espiritual, de la unicidad exclusiva de lo divino en la línea de la finalidad y de la eficacia redentora deja sutilmente en un peligroso olvido el valor de los bienes finitos y fines subordinados.

Si este olvido es gravemente peligroso y destructor de la vida cristiana es porque no proviene precisamente de recordar con insistencia que "solo Dios basta", ni de una invitación al ideal perfecto del puro amor de Dios, sino que consiste en un desprecio y hostilidad al orden natural, congruente con la naturaleza humana, querido por Dios como soporte ordinario de la comunicación de la gracia.

Atendamos a algunos aspectos concretos. La fe es el fundamento de la justificación y no se engendra por evidencia racional, ni por la fuerza del sentido común, ni por sabiduría alguna filosófica; es pues legítimo y necesario proclamar el carácter misterioso de su objeto y precaverse cuidadosamente contra toda reducción racionalista que destruiría su esencia y sentido. Pero la actitud a que aludimos, a pretexto de esta fundamental verdad que acabamos de recordar, defenderá la trascendencia del misterio revelado sobre cualquier filosofía humana con la especial tendencia de sugerir el abandono por el pensamiento cristiano del patrimonio secular de la filosofía perenne, o incluso de relativizar no solo las sistematizaciones teológicas sino el sentido mismo de las definiciones dogmáticas.

Una invocación análoga a la "trascendencia" del Reino de Dios servirá para proclamar que el cristianismo está "por

encima" de todas las estructuras sociales, de todas las culturas y formas políticas. Verdad innegable cuando no es entendida tal afirmación en un sentido que deje en el olvido la indudable existencia de elementos y principios inmutables en aquel orden natural querido por Dios. *Pero además, conviene decirlo francamente, tópico decisivamente desorientador cuando es utilizada la "trascendencia" para desviar la atención de la vigencia práctica y concreta de aquel orden natural y cristiano, que en un determinado pueblo y en un determinado momento exigirá normalmente también actitudes determinadas y concretas, si se quiere servir eficazmente a la presencia de los valores cristianos en la vida pública.*

De este modo el escatologismo olvida que muchas estructuras políticas o económicas modernas atacan en lo sustancial a aquel orden natural, y a la vez descuida la concreta obligación de que las "opciones" políticas o sociales de los cristianos sean prácticamente conducentes al bien común de las sociedades a que pertenecen. Frente a él hay que insistir en que el carácter problemático y opinable de los juicios prácticos sobre lo político, *no debe confundirse nunca con una pretendida obligatoriedad del escepticismo político para los católicos.*

* * *

Porque una versión atenuada de aquella misma tendencia deformadora es cierto malentendido imperativo de "apoliticismo". Es por cierto deber sagrado para la Jerarquía y para los fieles, evitar la confusión entre lo divino y lo humano, la subordinación a finalidades terrenas de los elementos santificadores por los que se continúa en el mundo la obra redentora de Cristo. Pero esto no solamente no exime al cristiano de sus responsabilidades cívicas, sino que le impone seriamente el deber de cumplirlas al servicio de aquel orden natural querido por Dios, único apto para subordinarse al fin sobrenatural y ser restaurado y penetrado por la gracia.

Este "apoliticismo" lleva a la incomprensión de la existencia de vocaciones cristianas de los pueblos; mucho más todavía conduce a una repugnancia radical respecto a las empresas de "cruzada", tradicionalmente bendecidas por la Iglesia en todos los siglos, y también en el nuestro.

En la secular corriente de tópicos expresivos de la *hostilidad a las actitudes militantes y de combate práctico, esto es político* (4) contra la corriente de apostasía social en que consiste esencialmente la Revolución moderna—tópicos que han conducido a quebrantar la unanimidad contrarrevolucionaria de los cristianos—se manifiesta un espíritu de innovación y "liberación de prejuicios" que, superando la tradición cristiana pretende inspirar un *cristianismo mejor, por más adaptado al progreso moderno.*

* * *

El aspecto últimamente mencionado puede mostrarnos que las invocaciones unilaterales de la trascendencia, características del escatologismo radical, no solo conducen al desarme y al abandono de la lucha por el orden cristiano en el frente vital y principalísimo de lo político y social, sino que son expresión de la alianza íntima y constitutiva con que el cristianismo de trascendencia se une y se confunde con el encarnacionismo divinizador de la Revolución.

El mito de un cristianismo "más puro", por ya no contrarrevolucionario ni "cruzado", que el de aquellas familias en que nacieron los santos más adecuados al mundo moderno, se entronca directamente con la visión sacral de la Revolución que concibe la instauración de la democracia—o del socialismo, o del comunismo—como fruto intrínseco de la misión del cristianismo en el mundo y se complace en "aproximaciones blasfemas entre el Evangelio y la Revolución".

Uno y otro de los unilateralismos en apariencia antitéticos participan de este mesianismo milenarista que late en el fondo de la mentalidad "moderna", versión secularizada de las esperanzas de Israel y de la Iglesia. De aquí la frecuente confusión que en las mentes de algunos cristianos hace concebir como un mejoramiento del mundo de aquí abajo precisamente lo contrario de aquella tarea de "rehacer todo el mundo desde sus cimientos" a que llamó Pío XII. *Confundiendo un mundo mejor con un mundo peor* consideran la desaparición de los Estados confesionales y el predominio del espíritu laico en la legislación sobre el matrimonio, la familia y la enseñanza, como algo exigido por el progreso del cristianismo y de la humanidad.

* * *

En la verdadera perspectiva de la relación entre lo divino y lo humano, entre el fin eterno y la vida del hombre en este mundo apenas podría insistirse demasiado en la primacía de lo sobrenatural y en el carácter de único necesario de la participación de la vida divina a que nos invita la vocación cristiana.

El sentir de la Iglesia en todos los siglos y las corrientes tradicionales de espiritualidad no podrán ser acusadas de haberlo olvidado.

Pero tampoco, desde los tiempos en que San Agustín defendía la utilidad de la acción de los poderes públicos para reprimir la herejía, ha abandonado nunca la esfera de lo temporal, cual si desconociera la verdadera naturaleza humana en la integridad de sus aptitudes y dimensiones o ignorara la necesidad de que todas ellas contribuyeran según las funciones propias al despliegue histórico de la Ciudad de Dios.

En el espíritu del Reino de Cristo la trascendencia divina y eterna del fin de la Encarnación Redentora, no hace

olvidar, antes bien, exige la subordinación a aquel orden divino de todos los elementos naturales en la vida personal, familiar y política.

* * *

Es este el ideal y la esperanza del Reinado de Cristo, tal como ha sido expuesto en los documentos del magisterio pontificio contemporáneo. El deseo y la aspiración a un mundo mejor en el Reino de Cristo, no con el apoyo de optimismos naturalistas, sino arraigado en el conocimiento de que "la Iglesia militante en la tierra y principalmente la sociedad de civil aún no ha alcanzado la plena y absoluta forma de perfección que responde a los deseos de Jesucristo como Redentor del género humano" (4) viene a ser en este sentido fruto espontáneo de la esperanza cristiana (5).

FRANCISCO CANALS VIDAL

(1) "La Realeza de Cristo y el cristianismo de trascendencia", publicado en este mismo número.

(2) Encíclica *Notre charge apostolique* de Pío X, 25-8-1910: "En primer lugar, su catolicismo no acepta más forma de gobierno que la democrática, que, a su juicio, es la más favorable a la Iglesia, y se confunde, por decirlo así, con ella, enfeudando de este modo la religión a un partido político. No tenemos necesidad de demostrar que el advenimiento de la democracia universal no tiene nada que ver con la acción de la Iglesia en el mundo; ya hemos recordado que la Iglesia ha dejado siempre a los pueblos el cuidado de darse el gobierno que consideren más conveniente a sus intereses. Lo que una vez más queremos afirmar, de acuerdo con Nuestro Predecesor, es que hay error y peligro en atar sistemáticamente el catolicismo a una forma de gobierno; error y peligro que son más graves cuando se cifra la religión en un género de democracia cuyas doctrinas son erróneas".

(3) "Derechismo", CRISTIANDAD núm. 231. — Véase también el folleto "Revolución y Contrarrevolución". Plinio Correa de Oliveira. Ediciones CRISTIANDAD.

(4) "El liberalismo es político y en la política hay que combatirlo", Luis Ortiz y Estrada. CRISTIANDAD, núm. 26.

(5) Encíclica *Haurietis aquas* de Pío XII, 15-5-1956.

(6) "Las Esperanzas de la Iglesia", Jaime Bofill. CRISTIANDAD, núm. 335.

A quienquiera que haya leído con atención los números de CRISTIANDAD publicados hasta ahora, le habrá debido de entrar por los ojos la expresión insistente de una idea, la reiteración incesante de una esperanza: la idea de la Realeza de Cristo, la esperanza de una realización del Reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora.

Esta idea y esta esperanza estructuradas, o por mejor decir, organizadas, vitalizadas, constituyen un ideal: ideal es éste de luz y de fuerza, ideal de vigoroso optimismo cristiano. Ideal que en lo que tiene de nuclear y esencial no es sino la herencia recibida por la Iglesia, de Cristo y de sus Apóstoles, que encierra el impulso de expansión vital de la verdad evangélica hasta conseguir la adecuación del Reino de Cristo de hecho con el de derecho, o lo que es lo mismo, la aceptación plena del encargo de Jesucristo *docete omnes gentes*: haced que todas las naciones acepten y acaten vuestro magisterio, admitan la buena nueva de que sois mensajeros, disfruten de los bienes que en esta buena nueva se les ofrecen.

Cada vez se ve con luz más clara que el deseo de Jesucristo manifestado en su Iglesia y por su Iglesia es que este ideal saludable oriente y vitalice a todo cristiano.

RAMÓN ORLANDIS, S. I.

LA IGLESIA CATOLICA Y EL PUEBLO JUDIO

Pretende ser este artículo continuación del publicado en esta misma revista, en el mes de junio, bajo el título: *El pensamiento religioso de Israel expuesto por Ben Gurion*. No se piense, sin embargo, en una rigurosa continuidad, sino en una sucesión de materias que pertenecen al mismo tema.

No queremos tampoco dar una interpretación exhaustiva de nuestro presente título, lo cual nos llevaría demasiado lejos, pero sí fijar los jalones de un camino que puede ser más largamente recorrido. Por esto no se busque en estas líneas una exégesis plenaria de los textos escriturísticos aducidos; no es tal nuestra intención. Solamente los tocamos en lo que resulta necesario para extender el panorama de nuestro tema.

Vamos a proponer ante nuestro ojos algunas fases del desarrollo de la posición de la Iglesia frente a la historia y la esperanza del Pueblo Judío. No es una historia total. Marca, como dijimos, algunas piedras milenarias de tal camino.

Que el tema sea de actualidad nos los demuestran varios recientes libros de gran éxito como *El último de los Justos*, *El diario de Ana Frank*, o algo más alejado *Mi encuentro con Cristo*, de Eugenio Zolli. Muestran lo mismo recientes hechos de la historia máximamente contemporánea.

Como fondo del presente panorama debemos extender sumariamente la visión religiosa del Antiguo Testamento acerca del Pueblo Judío, base en la cual se apoya el actual edificio de nuestra propia actividad al respecto.

Los profetas y la restauración de Israel

No es posible someter el tema en las páginas del Antiguo Testamento a un exacto análisis, ya que para ello harían falta varios libros, por estar todo el Sagrado texto como impregnado y transido de la esperanza y ansia de esta futura restauración.

Bástenos citar dos memorables documentos. Sea el primero el Profeta Isaías y su célebre expresión de "las reliquias de Israel". Dice así el profeta:

"Si tu pueblo, oh Israel, es tan numeroso como las arenas del mar, se convertirán sus reliquias" (Is. 10, 21-22).

Este texto importa de manera excepcional, así como otros semejantes, porque San Pablo se ha valido de él (Rom. 9, 27) como de guión conductor de su interpretación del Antiguo Testamento en este punto, capital para su propio pensamiento.

El segundo documento es la famosa profecía de Ezequiel sobre los huesos secos (Ez. Cáp. 27). En dicha profecía, visión de un hombre centro de huesos desecados, extendidos sobre la superficie de un inmenso campo, recibe la interpretación de una profecía dinámica: los huesos con estridor se juntan, aparecen sobre ellos nervios y carne y los cubre la piel; el viento sopla de los cuatro puntos cardinales, entra en los cadáveres inmóviles, y se levanta un innumerable ejército de hombres. y dice el Señor:

"Estos huesos son la casa de Israel" (Ez. 37, 11).

Aunque esta profecía sea un símbolo transparente de la resurrección universal de los muertos, como no puede menos de admitirse, se ve por las citadas palabras del Señor que en primer lugar y directamente es una profecía de la resurrección, principalmente espiritual sin duda, del pueblo de Israel.

Sirvan estos dos documentos como puntales del edificio inspirado de la esperanza de conversión del Pueblo de Israel. Ellos nos sirven a nosotros de breve resumen de largas páginas del Antiguo Testamento. Son como dos suspiros penetrantes de la corriente vital de las sagradas páginas.

Jesús y el dolor de Israel

La vida y las palabras de Jesús están también dominadas hondamente por este dolor y esta esperanza: la tragedia de Israel. Desde la Anunciación fue proclamado por el Ángel el Rey que se había de sentar en el trono de David; los Reyes Magos preguntaban por el que había nacido Rey de Israel; en la transfiguración hablaba también con Moisés y Elías de su propia pasión y del drama de Israel, y viendo Jerusalén en el día del triunfo de los Ramos, lloró sobre la ciudad recordando la antigua profecía que hablaba de la visita a su ciudad del Rey de Israel.

Tuvo que oír desde el pretorio el grito apóstata de su pueblo: "no tenemos más rey que el César". Y el espantoso clamor del deicidio: "caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Sobre su Cruz resplandecía entre tinieblas un misterioso letrado, que provocaba la inútil rebelión airada de los judíos ante Pilatos: "Jesús Nazareno el Rey de los judíos".

Cuando muerto ya Jesús un soldado armado de lanza hirió con ancha herida su Costado tembló en el alma de Juan por divina inspiración el recuerdo de la profecía de la esperanza: mirarán al que atravesaron. El Corazón de Jesús vertía su última sangre redentora sobre su propio pueblo, cumpliendo así el misterio profético de la redención de Israel.

La revelación de San Pablo

Un hombre nacido del mismo seno del judaísmo más intransigente, fariseo de fariseos, había sido elegido por Jesús para dar al mundo con toda claridad la revelación de este gran misterio, dejándolo, sin embargo, siempre envuelto en tinieblas de oscuridad. Saulo llevaba encima, camino de Damasco, un tremendo problema psicológico. Su ardiente furor, respiro de amenazas, no podía olvidar el terrible discurso de Esteban contra los judíos, la sangrienta lapidación, ni el brillo de aquellos ojos maravillosos en los que antes de cerrarse para siempre resplandecía el perdón: "Señor, no les imputes este pecado".

Y en el mediodía luminoso se produjo el hecho sorprendente. Jesús, el fanáticamente perseguido, el odiado, el enemigo número uno de Israel, se mostraba de pronto en todo el vigor de su nueva y eterna juventud como un dominador absoluto, amable y fuerte, y se les aparecía repentinamente como la esperanza de Israel. Desde aquel momento Saulo vivió para una sola cosa: la proclamación urgente e instantánea del misterio de Jesús.

Esta nueva ansia le llevó de sinagoga en sinagoga y de nación en nación proclamando una sola verdad: que Jesús había resucitado y era en verdad el Deseado de los profetas. Esta proclamación le enfrentó en lucha mortal con los antiguos compañeros de su fanatismo. Fue perseguido por ellos, apedreado, hecho prisionero, acusado de muerte, transportado a Roma.

Es precisamente en su Epístola a los Romanos donde ha dejado estallar la magnitud del dolor que como aguda espina lleva dentro. El dolor de su pueblo separado del cumplimiento de la Promesa, su pueblo, el elegido y ahora rechazado. Estallan agudamente las notas de su dolor:

"La verdad digo en Cristo, y no miento: mi conciencia me lo atestigua en Espíritu Santo: tengo una gran tristeza, y un continuo dolor en mi corazón. Deseaba ser separado de Cristo por mis hermanos, que son parientes míos según la carne, que son israelitas..." (Rom. 9, 1-3).

El empuje vehemente de su elocuencia se desborda. Acaba de decir y proclamar su certeza de la caridad de

Cristo, de la cual nadie podrá separarle, y de pronto se ha interrumpido: como relámpago ha surcado su mente la memoria de su pueblo querido. Por ellos estaría dispuesto, por convertirlos, a ser separado de aquella sublime caridad de Cristo, de la cual dijo que nadie podría separarle. Y habiendo saltado el relámpago, la lluvia torrencial se desata. Los capítulos 9, 10 y 11 son empleados íntegramente en el desarrollo del hiriente problema de su pueblo.

“De ellos — vibra audaz su elocuencia — son la adopción de hijos, la gloria, el testamento, la ley, el obsequio, las promesas, los padres, el mismo Cristo según la carne” (Rom. 9. 4). El torrente desborda las riberas. Y en el capítulo 11 surge de pronto la solución revelada del problema que le hace arder.

“No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (para que no os creáis sabios): que la ceguera ha sido solo parcial en Israel, hasta que entrase en la fe la plenitud de las Naciones, y así todo Israel se salve” (Rom. 11, 25).

No nos es posible seguir toda la profunda y animada discusión de este problema bajo la ágil pluma paulina. Basta que hayamos dejado constancia de la posición transida de dolor de esta grande alma de la Iglesia primitiva, de su dolor apasionado, y de su revelada esperanza frente al gran problema.

La tradición de la Iglesia y los judíos

Desde el principio la Iglesia tomó una posición necesaria frente al problema del judaísmo. Para entenderla bien es preciso conjugar dos elementos paradójicamente contrapuestos: de una parte el misterio de la reprobación temporal de Israel, y de otra parte el ansia del Corazón de Cristo por su conversión. El principal enemigo de los planes de Dios sobre su Iglesia fue al principio el judaísmo: San Juan llama a los enemigos de Cristo los judíos, San Pablo les acusa de que siempre llenan la medida de su pecado, impidiendo a los demás la comunicación del don divino. Ya San Esteban lanzó la acusación: “Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo”; y sobre todo Jesús, en su apasionado enfrentarse a los jefes del judaísmo oficial, denunciando su hipocresía y sus pecados, conforme a la verdad, había creado la atmósfera de oposición, no ciertamente por culpa suya, sino de ellos. En estas condiciones, frente a la desatada persecución del judaísmo, la Iglesia no tuvo más remedio que replegarse. Con todo, la misma Iglesia brotó y creció por conquistas hechas en la carne misma de la sinagoga.

Pero había más. Había, como hemos dicho, una doctrina que enseñaba que por misteriosa permisión divina, el pueblo de Israel como tal pueblo no volvería a ser de Dios hasta que llegase una hora especial. Y sin embargo, ¿cómo podría el corazón de la Iglesia permanecer insensible al dolor de Israel?

Tal vez nadie como San Bernardo, escribiendo a su discípulo el Papa Eugenio III, ha desvelado la gran paradoja cristiana del judaísmo. “Estás obligado, le dice con pasión, a procurar la conversión de los paganos, porque este es el oficio que te ha sido confiado. En ello no te valen disculpas. Pero en cuanto a la conversión de los judíos, tienes excusa en no dedicarte a ella de lleno, porque tiene su hora señalada, y hasta que ella llegue no podrías seguirla”

Dentro de esta mente hay que situar la posición de la Iglesia cuando oraba por los judíos.

Desde la más remota antigüedad la Iglesia hace oración comunitaria por los diversos grupos apartados de ella, para obtener su conversión. Así aparece claramente en este memorable pasaje del llamado “*Indiculus de gratia Dei*”, y también “Sentencias de los antiguos Obispos de la Sede Apostólica”, al parecer recogidas en el siglo V. En el capítulo 8 leemos:

“Miremos al misterio de las oraciones sacerdotales, que fueron transmitidas por los Apóstoles y que se celebran en todo el mundo y en todas las iglesias católicas, de modo que la ley de orar establece la ley de creer. Porque los presidentes de las Santas reuniones cuando desempeñan la legación confiada, tratan la causa del género humano ante la divina clemencia, y con toda la Iglesia que les acompaña en el gemido, ruegan y piden que se dé la fe a los infieles, que los idólatras sean liberados de los errores de su impiedad, que aparezca la luz de la verdad a los judíos quitado el velo de su corazón, que los herejes se arrepientan reconociendo la fe católica, que los cismáticos reciban el espíritu de la caridad reavivada, que se dé el remedio de la penitencia a los caídos, que por fin se abra el aula de la celeste misericordia a los catecúmenos llevándolos a los sacramentos de la regeneración.” (Ench. Symb., Denzinger n. 139).

Este texto admirable y tan antiguo, que además expresamente remonta la tradición de esta oración hasta los mismos Apóstoles, nos dice con toda claridad cómo la oración que la Iglesia, hoy día sigue aún haciendo el Viernes Santo por los distintos sectores es vocación de la Iglesia primitiva, de tradición apostólica, y es además el texto que, como puede verse, establece la conocida e importante fórmula de: “la ley de orar establece la ley de creer”.

En la liturgia del Viernes Santo la Iglesia ora por los distintos sectores alejados de ella, que hemos visto expresados en el *Indiculus*: Catecúmenos, herejes, cismáticos, paganos y judíos. La oración por estos últimos se distinguía de las demás, hasta la reciente transformación de la liturgia, en que no se respondía a la oración: *Amén*, ni se decía: *Oremus*, ni: *Flectamus genua*, ni: *Levate*; parecía que entristecida la Iglesia por el pecado de los judíos pusiese una luctuosa sordina a su oración. La oración dice así:

Oremos también por los pérfidos judíos: para que Dios Nuestro Señor quite el velo de sus corazones; para que también ellos reconozcan a Jesucristo Nuestro Señor.

“Todo poderoso y sempiterno Dios, que no apartas de tu misericordia ni siquiera la perfidia judía: oye nuestras oraciones, que te presentamos por la obcecación de aquel pueblo; para que, reconociendo la luz de tu verdad, que es Cristo, salgan de sus tinieblas.”

Así había conjugado la Iglesia desde el principio los dos elementos en apariencia contradictorios: amor del pueblo judío y horror de su pecado. Puede advertirse en la oración citada cómo el problema es solucionado “orando por los pérfidos judíos.”

La Iglesia de hoy y el pueblo judío

No intentamos en este párrafo relatar toda la historia contemporánea de la intervención de la Iglesia en favor del pueblo judío; citamos sólo algunos hechos especialmente significativos.

La historia del niño Mortara, cuya defensa hecha por Pío IX llega a ser heroica, merece especial anotación. Este niño, de familia judía, fue bautizado en peligro de muerte por las personas a quienes sus padres lo habían confiado. El hecho sucedía dentro de los Estados Vaticanos, y habiendo recobrado la salud el muchacho, Pío IX se negó a acceder a la exigencia de sus padres que querían arrebatarlo de nuevo para hacerlo apostatar. La defensa que el Papa hizo de los derechos del nuevo bautizado llegó a ser asunto

internacional. Los enemigos de la Iglesia se movieron, la turbia política fue manejada en las altas esferas y en consecuencia, Napoleón III permitió el despojo italiano de los Estados del Papa retirando sus tropas. El niño Mortara se hizo sacerdote y fue canónigo de la Basílica Vaticana. Relatan los hermanos Lemann, sacerdotes católicos convertidos del judaísmo, que el mismo Pío IX les contó la trascendencia de este suceso. (*La cause des restes d'Israel*, pág. 48.) En una ocasión dijo Pío IX a Mortara: "¡cuánto me has costado, hijo mío!, pero se trataba de un alma".

La Santísima Virgen había intervenido de modo especial para mostrar su poder en la conversión de los judíos. El 20 de enero, en la iglesia de San Andrea delle Fratre, el judío mundano Alfonso Ratisbona, mientras esperaba curioseando la iglesia, es derribado por la gracia y por una misteriosa aparición de la Virgen Milagrosa. Al levantarse de su éxtasis sorprendente, dise estas palabras: "no estoy loco, bien sabes que no estoy loco, la he visto, la he visto... no me ha hablado, pero lo he comprendido todo". Ordenado de sacerdote funda con su hermano Teodoro, también convertido, la Congregación de Religiosas de Nuestra Señora de Sión, aprobada por la Iglesia en 1847, que tiene por fin expiar el crimen del Calvario e implorar la misericordia para Israel.

Como rama de la misma surge en 1905 la Archicofradía de Oraciones por Israel, erigida por Pío X en 1909 en la Basílica del Ecce Homo, en Jerusalén. En el lugar de la conversión de Ratisbona fue colocada una placa de mármol, que dice así: "Alfonso de Ratisbona de Estrasburgo vino aquí, judío obstinado. Esta Virgen le apareció como tu la ves. Cayó judío y se levantó cristiano. Extranjero, lleva a tu casa el precioso recuerdo de la misericordia de Dios y del poder de la Virgen".

León XIII consagró el mundo en 1899. Su fórmula de consagración había de ser modificada por el genial Pío XI de mirada de águila. Comentando en una audiencia en 1938 el texto de la Misa en que se habla de los sacrificios de Abel, Abraham y Melquisedec, notaba el Papa que comprendían tres épocas de la Humanidad: la época adámica, la israelita y anuncio de la cristiana. Y decía: "Texto grandioso. Cada vez que Nos lo leemos, Nos sentimos sobrecogidos por una emoción irresistible. Abraham es llamado *nuestro* Patriarca, nuestro antepasado... no es posible a los cristianos participar en el antisemitismo. El antisemitismo es inadmisibile. Nosotros somos espiritualmente semitas". Y el Papa se echó a llorar.

Él fue quien modificó la fórmula de consagración del mundo, para incluir en ella el misterio de Israel, que no podía quedar apartado de la misericordia del Sagrado Co-

razón. Las palabras que él puso: "Caiga sobre ellos, bautismo de redención y de vida, y la Sangre que un día contra sí imploraron", están revelando su profunda comprensión del misterio total del Corazón de Jesús.

Debe recordarse aquí que este Pontífice fue puesto por Dios como contemporáneo del nazismo, y de su hirviente y destructor antisemitismo.

No es posible decir todo lo que Pío XII hizo en favor de los judíos con un alto espíritu cristiano de caridad, motivando que el gran rabino de Roma tomase en su conversión el nombre de Eugenio Zolli. Bastará decir, porque toca a la matización que va adquiriendo el pensamiento oficial de la Iglesia, que en la nueva estructuración de la liturgia mandó igualar la oración por los judíos del Viernes Santo en su forma a la oración que se hace por los otros sectores.

Y ha sido finalmente a Juan XXIII a quien los judíos han debido el gesto amistoso y lleno de finura, de atreverse a romper con aquella larga tradición de la oración eclesialística a que hemos aludido, mandando suprimir la palabra calificativa "*pérfidos*" en su aplicación a los judíos. Ya en tiempo de Pío XII la Sagrada Congregación había declarado que se debía entender esta palabra no como palabra hostil, sino con un significado semejante al de *infieles*. Pero ahí quedaba con todo la palabra, y ha sido Juan XXIII quien, como intérprete de los tiempos, ha borrado la palabra definitivamente.

El mismo Juan XXIII ha mandado rectificar de nuevo la consagración del mundo al Sagrado Corazón, haciendo borrar las palabras puestas por Pío XI relativas a Israel, y volviendo la fórmula a la primitiva redacción de León XIII. Esta disposición debe obviamente ser interpretada como un gesto amistoso hacia Israel. No se trata indudablemente de excluirlo de la misericordia del Sagrado Corazón, sino de no querer recordar particularmente su pecado. Por ello se ha pensado que queda incluido Israel en la petición anterior para que los alejados formen de nuevo *un solo rebaño y un solo pastor*.

Esta es la trayectoria contemporánea de la actitud de la Iglesia hacia el pueblo judío, que como se ve es cada vez de mayor acercamiento. ¿No será esto una señal de que en el reloj de la divina Providencia se va acercando también la hora de la misericordia?

En otro artículo tendremos ocasión de escribir acerca de un hecho muy singular acaecido en el Concilio Vaticano, que fue como una señal notable de este acercamiento de la gran hora. Hubiera tenido su puesto en esta serie de hechos de la historia de la Iglesia que enumeramos, pero por su singularidad lo trataremos aparte.

JUAN M. IGARTUA, S. J.

Director Nacional del Apostolado de la Oración

Al instituir la fiesta de Cristo Rey Universal no sólo manifestamos el poder supremo de Cristo sobre todas las cosas... sino también anticipamos el gozo de aquel día felicísimo en que el mundo entero obedecerá de corazón al suavísimo dominio de Cristo Rey. Por lo cual establecimos entonces que con ocasión de esta fiesta se renovase anualmente la Consagración del universo al Corazón de Jesús, para obtener más segura y abundantemente su fruto, y para unir con la caridad y paz cristiana a todos los pueblos en el Corazón del Rey de Reyes y Señor de los que dominan.

(Pío XI, *Enc. Miserentissimus Redemptor*.)

JESUCRISTO REY DE LOS JUDIOS

Con ocasión de la fiesta de Cristo Rey, transcribimos unos fragmentos de la Escritura que explican y aclaran el título que encabeza estas líneas, a la par que el misterio del pueblo escogido.

DE LOS EVANGELIOS

Nacido Jesús en Belén de la Judea en los días de Herodes el rey, he aquí que unos Magos venidos de las regiones orientales llegaron a Jerusalén diciendo:

—¿Dónde está el rey de los judíos que nació? Pues vimos su estrella en el oriente y venimos a adorarle.

Oído esto, el rey Herodes se turbó y todo Jerusalén con él. Y convocados todos los jefes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, se informó de ellos sobre dónde había de nacer el Mesías. Y ellos le dijeron:

—En Belén de Judea, pues así está escrito por el profeta (Miqueas 5, 2). y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor entre los príncipes de Judá; porque de ti saldrá un jefe, que pastoreará a mi pueblo de Israel. (Mat. 2, 1-6.)

La numerosa muchedumbre que había venido a la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, tomaron ramos de palmeras y salieron a su encuentro gritando: «¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel.» (Jo. XII, 11-13.)

Díjoles Pilatos: «¿A vuestro rey voy a crucificar?» Contestaron los príncipes de los sacerdotes: «No tenemos más rey que el César.» (Jo. XIX, 15.)

Y todo el pueblo contestó diciendo: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» (Mt. XXVII, 25.)

«Y sobre su cabeza pusieron escrita su causa: ESTE ES JESUS, EL REY DE LOS JUDIOS.»

(Mt. XXVII, 37.)

DE ISAIAS

Después del castigo, Israel será liberado por el Rey Mesías

El pueblo que andaba en tinieblas vio una luz grande; sobre los que habitaban en la tierra de sombras de muerte resplandeció una brillante luz. — Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo, y se gozan ante ti, como se gozan los que recogen la mies, como se alegran los que se reparten la presa. — Rompiste el yugo que pesaba sobre ellos, el dogal que oprimía su cuello, la vara del exactor, como en el día de Madián. — Y han sido echados al fuego, y devorados por las llamas, los zapatos

jactanciosos del guerrero y el manto manchado de sangre. — **Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y que se llamará Maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, — para dilatar el Imperio y para una paz ilimitada, SOBRE EL TRONO DE DAVID Y SOBRE SU REINO para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia, desde ahora para siempre jamás. El celo de Yave Sabaot hará esto.** (IX-1 a 6.)

El Reino del Mesías, reino universal y de paz

Y brotará una vara del tronco de Jesé, y retoñará de sus raíces un vástago. — Sobre el que reposará el Espíritu de Yave, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yave. — Y pronunciará sus decretos en el temor de Yave. No juzgará por la vista de ojos, ni argüirá por oídas de oídos, — sino que juzgará en justicia al pobre, y en equidad a los

humildes de la tierra. Y herirá al tirano con los decretos de su boca, y con su aliento matará al impío. — La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de su cintura. — Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los llevará. — La vaca pacerá con la osa, y sus crías se echarán juntas, y el león, como

el buey, comerá paja. — El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. — No habrá más ya daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yave, como llenan las aguas el mar.

En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé se alzará como estandarte para los pueblos. Y le buscarán las gentes, y será gloriosa su morada. — En aquel día, de nuevo la mano del Señor redimirá al resto de su pueblo, a lo que reste de Asur y de Egipto, de Patros, de Cus, de Elam, de Senaar, de Hamat y de las islas del mar. — ALZARA SU ESTANDARTE PARA LAS NACIONES, Y REUNIRA A LOS DISPERSOS DE ISRAEL, Y JUNTARA A LOS DISPERSOS DE

JUDA, DE LOS CUATRO CONFINES DE LA TIERRA; y ya Judá no será más enemigo de Efraím, y serán destruidos los enemigos de Judá. Y no envidiará ya más Efraím a Judá, y Judá no será más enemigo de Efraím. — Y se lanzarán contra la costa de los filisteos a occidente, y juntos saquearán a los hijos de oriente; Edom y Moab les servirán, y los hijos de Ammón les estarán sujetos. — Y secará Yave la lengua de mar de Egipto y levantará con fortaleza su mano sobre el río, y herirá sus siete brazos, que podrán pasarse a seco. — Y abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedarán de Asur, como lo abrió para Israel el día de su salida de Egipto. (XI-1 a 16.)

DE SAN PABLO

(Rom. 11)

La reprobación de los judíos no es total

Según esto, pregunto yo: ¿Pero es que Dios ha rechazado a su pueblo? No, cierto. Que yo soy israelita del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha rechazado Dios a su pueblo, a quien de antemano conoció. ¿O es que no sabéis lo que en lo de Elías dice la escritura, cómo ante Dios acusa a Israel: «Señor, han dado muerte a tus profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo solo, ¿y aún atentan contra mi vida?» ¿Pero qué le contesta el oráculo divino? «Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Baal.»

Pues así también en el presente tiempo ha que-

dado un resto, en virtud de una elección graciosa. Pero si por gracia, ya no es por las obras, que en este caso la gracia ya no sería gracia.

¿Qué, pues? Que Israel no logró lo que buscaba, pero los elegidos lo lograron. Cuanto a los demás, se han encallecido, según está escrito: «Díoles Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy.» Y David dice: «Vuélvase su mesa un lazo y una trampa, y un tropezco, y su justa paga; oscurezcanse sus ojos para que no vean, y doblega siempre su cerviz.»

La reprobación de Israel no es definitiva

Pero preguntó: ¿Han tropezado de suerte que del todo cayesen? No, ciertamente. Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salud los gentiles para excitarlos a emulación. **Y si su caída es la riqueza del mundo, y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud!** Y a vosotros, los gentiles, os digo que mientras sea apóstol de los gentiles, haré honor a mi ministerio, por ver si despierto la emulación de los de mi linaje y salvo a algunos de ellos. **Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?** Que si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa, también las ramas.

Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir de la pingüosidad del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, ten en cuenta que no sustentará tú a la raíz, sino la

raíz a ti. Pero dirás: las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado. Bien, por su incredulidad fueron desgajadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.

Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con los caídos, para contigo la bondad, si permaneces en la bondad, que de otro modo también tú serás desgajado. Mas ellos, de no perseverar en la incredulidad, serán injertados, que poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. Porque si tú fuiste cortado de un olivo silvestre y contra naturaleza injertado en un olivo legítimo, ¡cuánto más éstos, los naturales, podrán ser injertados en el propio olivo! Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: **Que el endurecimiento vino a una parte de Israel, hasta que entrase la plenitud de las naciones; y entonces todo Israel será salvo, según está escrito:**

«Vendrá de Sión el Libertador, para alejar de Jacob las impiedades. Y ésta será mi alianza con ellos, cuando borre sus pecados» (1).

POR LO QUE TOCA AL EVANGELIO, SON ENEMIGOS POR BIEN VUESTRO; MAS SEGUN LA ELECCION, SON MUY AMADOS DE DIOS A CAUSA DE LOS PADRES, QUE LOS DONES Y LA VOCACION DE DIOS SON IRREVOCABLES. Pues así como vosotros algún tiempo fuisteis desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por su desobediencia, así también ellos, que ahora se niegan a obedecer, para dar lugar a la misericordia a vosotros

(1) «Mas para Sión vendrá como redentor, para los de Jacob que se convierten de sus pecados, dice Yave.—He aquí mi alianza con ellos, dice Yave: El espíritu mío que está sobre ti; y las palabras que yo pongo en tu boca, no faltarán de ella jamás, ni de la de tu descendencia, dice Yave desde ahora, para siempre.»

«Levántate y respándece, que ya se alza tu luz, y la gloria de Yave alborea para ti; —mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas, sobre ti viene la aurora de Yave, y en ti se manifiesta su gloria.—Las gentes andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora.»

(Isaías, LIX, 20-LX, 3.)

concedida, alcanzarán a su vez misericordia; pues Dios nos encerró a todos en la desobediencia, para tener de todos misericordia. ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos! Porque «¿quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién primero le dio para tener derecho a retribución?» Porque de El y por El y para El son todas las cosas. A El la gloria por los siglos. Amén.

(2) Remitimos al lector al artículo que Fraxinus Excelsior publicó en CRISTIANDAD, número 5, página 111, en el que bajo el título «San Pablo profeta» comentó esta Epístola.

Repetimos aquí uno de los párrafos finales de dicho artículo que encaja perfectamente en nuestro propósito actual:

«Abramos un periódico cualquiera y comprobaremos que gran parte del mundo se mueve en pro o en contra de los judíos; con razón o sin ella se les acusa en materias muy graves, y muchos de ellos son víctimas de los odios más horribles. En la política, en la banca, en los sumarios de las revistas científicas, los nombres de los judíos acreditan la capacidad de esta raza para ejercer una influencia rectora en toda clase de actividades. Mientras dura su reprobación, son **amados por Dios en atención a sus padres** (Rmo. XI, 28). ¿Puede soñarse acontecimiento histórico más trascendental que esta conversión que profetiza San Pablo?»

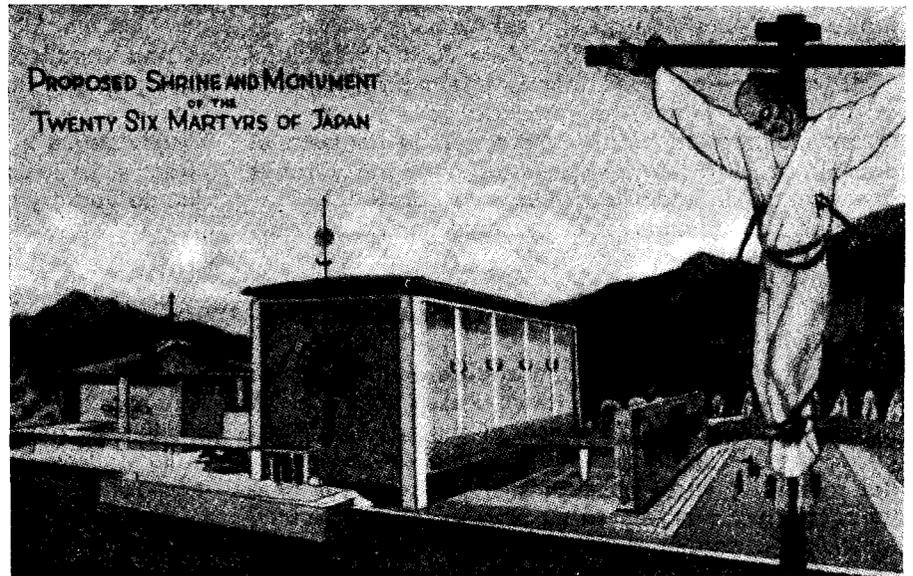
LOS MARTIRES DE NAGASAKI

El año 1962 se cumple el Centenario de la Canonización de los 26 mártires del Japón. La Iglesia no ha canonizado todavía más que este grupo, pero la ciudad de Nagasaki ha sido escenario de más de 660 martirios. Con motivo de este Centenario, las autoridades quieren hacer algo conmemorativo para «recordarle a la juventud contemporánea, imbuida por el materialismo moderno, el ejemplo de unos hombres que dieron su vida por una idea espiritual».

Pusieron en nuestras manos el proyecto y nos encontramos en vísperas de comenzar las obras: Un monumento de bronce con los «26 Santos mártires» (cuatro españoles); un museo histórico de los mártires y cristiandades primitivas del Japón, y una capilla votiva con un gran Cristo crucificado en el centro.

Muchas cosas podrían decirse de la importancia y sentido de este proyecto. Se trata de la primera ocasión que tiene aquí la Iglesia católica de hacer algo grande en honor de sus mártires, precisamente en el mismo lugar de su martirio.

Además el proyecto tiene un sentido más hondo.



En los alrededores de Nagasaki se encuentran unos 40.000 cristianos separados que no reconocen a los misioneros católicos de hoy como a los continuadores de los que estaban allí hace 300 años y fueron expulsados. Este monumento a sus mártires puede ser el paso definitivo para unirlos a la Iglesia. Es preciso cooperar espiritual y materialmente para que el proyecto se lleve a cabo.

(De una carta del P. Pedro Arrupe, S. J. Provincial del Japón)

EL DOMUND DE LA CARIDAD

Como Director Diocesano y después como Director Nacional de la Propagación de la Fe, hace ya más de treinta años que en mis conferencias, sermones, escritos y entrevistas, barajaba yo, entre otros, los siguientes pensamientos:

Fe muerta, (sin su necesaria dimensión social universalista), no hace milagros. Nada aventaja al espíritu misional en vitalizar la Fe, en darle su dimensión social. A ello tiene el espíritu misional por su misma naturaleza. Se puede afirmar que esa es su única tarea.

¿Queréis bendiciones de Dios para fortificar vuestra Fe? "El mejor modo de agradecer a Dios el don de la Fe es el trabajar para que esa Fe se extienda por todo el mundo" (Benedicto XV y Pío XI).

Pon de relieve su fecundidad maravillosa, lo que ella hace hoy en las Misiones de infieles; y tendrás la mejor apología y la más emocionante y popular de la Iglesia Católica. Los ejemplos arrastran.

Las Misiones dan a la Juventud en el orden intelectual, la mejor apología de su Fe; en el orden moral, la educación del sacrificio, en el orden social, la educación del amor.

Los latidos de la Catolicidad de la universalidad misionera de la Iglesia, crean por su fuerza intrínseca en los que los viven, corazones amplios y generosos.

Tórax estrecho y sin desarrollo, forma pulmones tísicos y corazón enteco. Que vuestros hijos, vuestros cristianos, extiendan los brazos en gimnasia de amor universal. Se les ensanchará el alma en ansias de apostolado y se entregarán sin reservas a él.

La Fe es luz, la Caridad fuego. No las encerréis. Encerradas, ¡se apagan! En lo sobrenatural, siempre que se da se recibe.

La caridad bien ordenada empieza por sí mismo, dice el refrán y dice bien; pero se aplica mal. La caridad bien ordenada empieza por sí mismo cuando empieza por donde es mayor la necesidad. Eso es lo exacto.

No os acostumbréis a rezar en singular. Rezad como nos enseñó Jesucristo: "El pan *nuestro* de cada día, *dánosle hoy...*" No emendemos la plana al divino Maestro, no nos trae cuenta.

Resarcir las quiebras que aquí sufre la Iglesia extendiéndola y fortificándola en tierras de Misiones, es una táctica sabia, poderosa y provechosa para quien ayuda a que sea una realidad.

Programa para salvar el mundo y para intensificar la vida cristiana de nuestros pueblos; *único* programa: *Id por todo el mundo...* Yo estoy con vosotros. A nosotros nos toca la primera parte. La segunda a Cristo. Cumplamos la nuestra, como la cumplieron los Apóstoles. Nos va todo en ello.

La Iglesia de Cristo es infinitamente fecunda; pero para comunicar esta fecundidad infinita a las almas y a los pueblos, sólo dispone de un conducto: la Catolicidad, pero no

sólo creída, sino necesariamente *vivida*. Nos importa que ese conducto sea ancho, flexible, fuerte...

Una sola lucha se libra en el mundo, la de Cristo contra Satanás. Una sola arma tiene cada uno de los contendientes. El arma de Satanás, es el Yo. El arma de Jesucristo, el *Nosotros*. Fácil es caer en la cuenta de la eficacia decisiva que el espíritu misional tiene para hacer trizas el Yo con la fuerza sorprendente del *Nosotros* universalista.

"De la más grande Obra de Fe y de civilización (las Misiones Católicas), nadie debe estar ausente; seguro de que *ningún trabajo será tan generosamente retribuido como éste*, que tiene por fin llevar al Reino de Cristo todas las almas redimidas con su sangre" (Card. van Rossum).

Una voluntad tiene Dios en relación con los hombres; la de que todos los hombres se salven y vengan en conocimiento de la verdad. A mí me buscó en la nada para que le ayudara en eso.

"Nos alegra el ánimo al ver cómo vuestra audacia juvenil se lanza a todo el mundo, abrazando a todas las almas. Más especialmente aquéllas (las de las Misiones) porque tienen un mayor derecho a nuestras plegarias y a nuestra actividad... Por nuestra parte podéis asegurar a Aspirantes y efectivos, que lo mejor que podéis hacer para conseguir la salvación de las almas (en Italia) es trabajar por la salvación de las almas de los infieles" (Pío XI el año 1926 al Congreso de los Jóvenes de A. C.).

Las Misiones son el crecer de la Iglesia, es decir, nuestro crecer; la Iglesia creciendo, es decir, nosotros creciendo. Las Misiones son *Nosotros*. Nos importa muchísimo cooperar al crecimiento de la Iglesia, ayudar a las Misiones Católicas que a fin de cuentas es ayudar a nuestro crecer, a nosotros mismos.

El cristiano no es para sí, sino para dar gloria a Dios. Y se ha de dar con el medio que Dios ha puesto con ese fin en las manos de los hombres: la Iglesia. El cristiano y todos sus trabajos de crecimiento espiritual, aun aquellos que tienden a su perfección individual, son para la Iglesia. Lo mismo se debe decir de la Parroquia, de la Diócesis, y también de las Organizaciones Católicas de carácter nacional.

La Iglesia ha nacido para crecer. Esa es su tarea. Miembros fuertes, sanos, santos, llenos de vitalidad y entrenados y "entregados sin reserva", quiere y necesita. No para que lo sean, sino para que ese Cuerpo Místico de Cristo crezca, incorporando a todos los hombres de la tierra. Todas sus actividades internas o externas, individuales y colectivas, han de tender a la realización de esa tarea que podría llamarse única de la Iglesia: crecer.

Estos pensamientos han vitalizado el espíritu de nuestra Organización Misional Pontificia. En todo tiempo, pero especialmente desde el año de 1922. Pero ahora, ayer, como quien dice, el 21 de abril de 1957 firmó el Papa Pío XII su encíclica Fidei Donum. Documento excepcional que viene a ser su testamento misionero. Esta encíclica rezuma tan intenso espíritu universalista, que la deberían leer y meditar no sólo los misionales y misioneros, sino también todos los que se dedican a cualquiera otra faceta del apostolado cristiano.

Pues bien; de esa encíclica entresaco los siguientes puntos de meditación:

“En otro tiempo la vida de la Iglesia, en su aspecto visible, se desarrollaba principalmente en los países de la vieja Europa y de ellos... se extendía a otras tierras, que podían denominarse la periferia de la tierra; ahora, al contrario, se muestra como un intercambio de vida y de energía entre todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo.”

“Como cuando un miembro sufre en nuestro organismo mortal, todos los demás sufren con él (p. I Cor. XII, 26) y los que están sanos vienen en ayuda de los enfermos; así en la Iglesia, cada uno de los miembros no vivirá solamente para sí, sino que ayuda también a los demás y todos se proporcionan recíprocamente ayuda, tanto para el mutuo consuelo como para un mayor desarrollo de todo el cuerpo (Efes. IV, 12 y 16).”

“El espíritu misional y el espíritu católico (como declaramos Nos hace algún tiempo), son una misma cosa. La Catolicidad es la nota principal de la verdadera Iglesia, de tal modo que el cristiano — en forma alguna queda vinculado y adscrito a la Iglesia — si no siente igualmente vinculado y adscrito a la universalidad de los fieles cristianos y si no desea con afán tal que la Iglesia eche raíces y florezca en todas partes y entre todas las gentes.”

“Nada es tan extraño a la Iglesia como la división; nada se opone tanto a su vida como el que sus miembros se refugien en un total aislamiento o se vuelvan más de lo justo sobre sí mismos o finalmente, sólo se preocupen como quiera del provecho particular, de la propia comunidad; tales afanes en verdad, hacen que una corporación cristiana particular, cualquiera que sea, se repliegue a sí misma.”

“Nuevamente es necesario afirmar que nada de cuanto atañe a la Iglesia, nuestra madre, es ni debe ser ajeno a cada cristiano en particular; del mismo modo que su fe es la fe de la Iglesia universal y su vida sobrenatural es la propia de toda la Iglesia, así también los goces y las angustias de la Iglesia serán sus goces y sus angustias, como los puntos de vista y los planes de la Iglesia que abarcan

el universo, han de ser las perspectivas y los propósitos de su vida cristiana de cada uno.”

Todo DOMUND es eso. Lo que esos pensamientos expresan: la catolicidad de la Iglesia vivida con emoción por todos los católicos unidos. El DOMUND, sea cual fuese, es el despertador de la conciencia católica atacada y acorralada ya por el egoísmo materialista. “Eres miembro de la Iglesia, recuerda siempre el DOMUND al católico, tu vitalidad por lo tanto depende de la del cuerpo al que perteneces; y el cuerpo tiene una necesidad básica fundamental: crecer; Dios te medirá con la medida de tu cooperación.”

Todo DOMUND es así. Unas veces estudiando la naturaleza y propiedades de la fe y de la esperanza, o la grandeza misionera de Javier; otras, comentando el universalismo de la maternidad divina de María, que exige catolicidad en mi filiación; ahora, buscando las relaciones íntimas entre la catolicidad vivida y las Misiones y las ansias apostólicas del “Mundo Mejor”; antes, acreciendo la confianza de los cristianos en la eficacia incontenible del dolor, del sacrificio, del martirio, de la persecución... Todo DOMUND es así, aunque con distintas consignas.

El actual nos habla de la caridad, de su fuerza unitiva. Es que el año pasado estudió el DOMUND la unidad cristiana para ayudar al Papa Juan XXIII en sus ansias unionistas, en la preparación del II Concilio Vaticano. La unidad cristiana, imprescindible para el crecer de la Iglesia, para las Misiones, como la unión de los miembros para que crezca su cuerpo.

Este año, apoyándose en el mismo tema, el DOMUND nos ofrece el recurso propio, eficaz y necesario para conseguir esa unidad. Este recurso es la caridad. Y nos suplica que todos los medios de difusión y de propaganda (no sólo la predicación eclesiástica) estudien esta virtud, reina de todas, broche divino de toda virtud cristiana, con fuerza infinita de unión. Como que procede del seno mismo de la Santísima Trinidad expresada en la creación, en la redención y en la unión íntima y necesaria de todos los miembros del cuerpo místico de Jesucristo.

ÁNGEL SAGARMINIGA.

Director Nacional de la Propagación de la Fe

“Así como al Corazón de Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano con el fin de que, depositada en Él toda su confianza fuese para ellos señal y prenda de victoria y salvación, así igualmente nos consagramos a Ti, a tu Corazón Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del mundo!, a fin de que tu amor y patrocinio acelere el triunfo del Reino de Dios, te aclamen Bienaventurada y contigo entonen de un extremo a otro de la tierra el eterno Magnificat de gloria, amor y reconocimiento al Corazón de Jesús, sólo en el cual pueden encontrar la verdad, la vida y la paz.”

(Pío XII, Radiomensaje a Fátima 1942.)



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Noviembre - 1960

GENERAL: Que en las familias se promueva la lectura de la Sagrada Escritura.

MISIONAL: Por la juventud del Japón.

SAN ANTONIO MARIA CLARET Y LA DEFINICION DE LA INFALIBILIDAD DEL PAPA

Cuando se acercaba la fecha de iniciar el concilio Vaticano, Pío IX, conversando con el decano de la Rota. Mons. Marcial Ávila, le dijo confidencialmente: "Ahora van a venir los obispos de tu nación. ¡Qué obispos, sobre todo Claret!... ¡Es un Santo! Nos no lo podremos canonizar, pero ya habrá quien lo haga más tarde". Se ha cumplido la profecía, como también el Santo supo hacer honor a la justa fama que de él se propagaba; y es justo consignar que le hizo cabalmente dejando una estela inmarcesible de su devoción al Papado.

La estampa de San Antonio María Claret no va a salir de nuestras pecadoras manos. Será más bien un detalle de su documentación autobiográfica. No corremos, consiguientemente, el peligro de desfigurar los trazos. Tal vez pequeños en no captar toda la hermosura y amplitud y luminosidad del colorido, o bien en no ofrecerlo con un marco que tenga un valor correspondiente a tan rica joya. Valga la buena intención. Quien desee materiales para hacerlo por su cuenta, los hallará muy preciosos en el núm. 151 (1 de julio de 1950) y en el 243 (abril, 1953) de nuestra revista.

Sin embargo, no vendrá mal, antes de contemplar el diseño que se trazara el propio protagonista, de enmarcarlo con los apuntes históricos que nos dan los editores (*San Antonio María Claret*. Escritos autobiográficos y espirituales. BAC, tomo 188, pp. 467y 479 y ss. Madrid, 1955).

La Bula *Aeternis Patris* de 29 de junio de 1868 — nos dicen — convocaba el concilio Vaticano para el 8 de diciembre del 1869 — estamos, de consiguiente, a las puertas del primer centenario.

Pío IX había anunciado en este documento, de un modo general, las materias que se deberían tratar en el concilio: examinar diligentemente lo que en estos difíciles tiempos fuera mejor para la gloria de Dios, la integridad de la fe, honor del culto divino y salvación de las almas (*Acta Pii IX*, IV, p. 460 s.).

No era nuevo para San Antonio María Claret este programa. Al menos desde el 1855 estaba preocupado y sentía como una responsabilidad personal el bien de toda la Iglesia. En 1857 publicó sus *Apuntes de un plan para conservar la hermosura de la Iglesia y preservarla de los errores y vicios*. En 1861 daba a conocer en el tomo II de *El Colegial Instruido* un artículo con este enunciado: *Del modo de renovar la faz de la tierra*.

Al encontrarse ahora con la oportunidad de realizar sus deseos, se puso inmediatamente en acción. El día 2 de octubre escribía a don Paladio Curríus: "He estado muy ocupado en recoger materias para el concilio..."

Nuestro Santo tomó una sola vez la palabra en las Congregaciones generales del Vaticano y fue en la discusión del dogma de la infalibilidad del Romano Pontífice cuando habla *ex cátedra*.

El 21 de enero se distribuyó entre los padres el esquema *De Ecclesia*, que produjo fuera y dentro del concilio mucha agitación, principalmente por lo que se refería a la infalibilidad. Este desconcierto demostró que era necesario lo que algunos juzgaban inoportuno.

Nuestro San Antonio María Claret es uno de los cuatrocientos Padres que firmaron la petición del 28 de enero de 1870, en la que pedían que se definiese la infalibilidad, y consideraban esta definición no sólo como oportuna, sino *omni sub respectu ineluctabiliter necessaria*.

El día 13 de mayo el obispo Pie hace la relación del esquema de la Constitución dogmática *De Ecclesia Christi*. La discusión comenzó al día siguiente y duro tres semanas. San Antonio María Claret las seguía con el máximo interés, pero su salud iba resintiéndose. El 14 de mayo escribió que salía muy cansado de las Congregaciones. El día 18 pidió la palabra, pero no le fue concedida hasta el día 31. El día 29 le dio un amago de apoplejía. No es aventurado

afirmar que la causa no era otra que su celo por las prerrogativas del Sumo Pontífice: "como yo sobre esta materia no puedo transigir por nada ni por nadie... al oír los disparates y aun blasfemias y herejías que se decían, me dio una indignación y celo tan grande que la sangre se me subió a la cabeza y me produjo una afección cerebral. La boca no podía contener la saliva e involuntariamente se desprendía por un lado, singularmente por el lado en que tengo la cicatriz de la herida que recibí en Cuba" — *Epistolario*, carta núm. 91, 1 julio 1870 —. En efecto, en la sesión del día anterior, 28 de mayo la presidencia tuvo que llamar al orden al obispo Vérot.

Con los remedios prescritos por el médico, nuestro Santo se repuso y pudo pronunciar su oración sagrada. La Congregación se celebró el día 30 de mayo y fue la que hacía el número 62 entre las generales. Tomaron la palabra cinco oradores entre ellos nuestro Santo.

Su alocución no fue un discurso más, fue el *testimonio de un mártir* que ostentaba sus cicatrices — los estigmas de Cristo —; fue la llamada de un Santo que con entereza y libertad evangélica denunció las pasiones que oscurecían las mentes. Los oradores de la oposición se repetían hasta la saciedad. Se veía que no se les podía convencer por razones, y en este momento fue oportunísima la intencionalidad del Santo.

La impresión que produjo en el concilio fue enorme. El obispo de Tortosa escribía: "Dijo el P. Claret cosas, y las dijo de tal manera que impresionaron vivamente a los Padres, y yo no creo que muchos las olviden en su vida. Yo mismo oí a uno de los más importantes de la América del Sur cómo lleno de entusiasmo comparaba al señor Claret con Pafnucio y Potamión, y a fe mía que no lo hacía sin motivo". El secretario del concilio, hablando con el P. Puig, capellán del Santo, no pudo menos de exclamar: "Verdaderamente, monseñor es un confesor de la fe".

El 24 de octubre del mismo año moría, acosado por los emisarios de la revolución, en Fointfroide (Francia), en el monasterio de los monjes cistercienses, que le asisten hasta el último momento aureolado de santidad.

* * *

Y como quiera que algunos lectores ignorarán, o tal vez no recuerden, cómo y cuándo fue herido San Antonio María Claret, circunstancias mencionadas también en su peroración, bueno será oírse las contar nuevamente de sus propios labios antes de escucharle en el venerable recinto conciliar.

"Me hallaba en Puerto Príncipe — anota en su Autobiografía, nn. 573-578 — pasando la cuarta visita pastoral, a los cinco años de la llegada a aquella isla... Hacía algunos días que me hallaba muy fervoroso y deseoso de morir por Jesucristo; no sabía ni atinaba a hablar sino del divino amor con los familiares y los de fuera que me venían a ver; tenía hambre y sed de padecer trabajos y de derramar la sangre por Jesús y María; aun en el púlpito decía que deseaba sellar con la sangre de mis venas las verdades que predicaba.

"El día primero de febrero de 1856, habiendo llegado a la ciudad de Holguín, abrí la santa visita pastoral, y como era la víspera de la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen María, les prediqué de este adorable misterio, haciéndoles ver el grande amor que nos manifestó la Santísima Virgen al ofrecer su Santísimo Hijo a la pasión y muerte por nosotros. Las cosas que dije y cómo las dije no lo sé; pero decían que fui feliz como nunca. El sermón duró hora y media.

"Yo bajé del púlpito fervorosísimo, cuando he aquí que al concluir la función salimos de la iglesia para ir a la casa de mi posada, acompañado de cuatro sacerdotes y de mi paje Ignacio, de un sacristán con farol o linterna para

alumbrar, pues el tiempo estaba oscuro y eran las ocho y media de al noche. Habíamos salido de la iglesia y estábamos en la calle Mayor, calle ancha y espaciosa donde había a un y otro lado mucha gente, y todos me saludaban. Se acercó un hombre como si me quisiera besar el anillo, pero al instante alargó el brazo armado con una navaja de afeitar y descargó el golpe con toda su fuerza. Como llevaba la cabeza inclinada y con el pañuelo que tenía en la mano derecha me tapaba la boca, en lugar de cortarme el cuello, como intentaba, me hirió la cara, o mejilla izquierda, desde junto a la oreja hasta la punta de la barba, y de escape me cogió y me hirió el brazo derecho con que me tapaba la boca, como he dicho.

"Por donde pasó la navaja partió toda la carne hasta rajar el hueso o las mandíbulas superior e inferior. Así es que la sangre salía igualmente por fuera como por dentro de la boca... Dijeron los mismos médicos que la que había salido por las heridas no bajaba de cuatro libras y media. A causa de la falta de la sangre tuve un pequeño desmayo, y luego volví en mí tan pronto como me dieron a oler un poco de vinagre.

"Hecha la primera cura, con una parihuela me llevaron a la casa de mi posada. No puedo explicar el placer, el gozo y la alegría que sentía mi alma al ver que había logrado lo que tanto deseaba, que era derramar la sangre por amor de Jesús y de María y poder sellar con la sangre de mis venas las verdades evangélicas. Hacía subir de punto mi contento el pensar que esto era como una muestra de lo que con el tiempo lograría, que sería derramarla toda y consumir el sacrificio con la muerte. Me parecía que estas heridas eran como la circuncisión de Jesús y que después con el tiempo tendría la dichosa e incomparable suerte de morir en la cruz de un patíbulo, de un puñal asesino, o de otra cosa así.

"Esta alegría y gozo me duró el tiempo que estuve en cama, por manera que alegraba a cuantos me visitaban. Me fue después pasando esta alegría a proporción que se iban cicatrizando las heridas.

"En la curación de las heridas ocurrieron tres cosas prodigiosas..."

En gracia a la brevedad, sentimos tener que omitirlas. (Confesamos, con todo, que ellas nos han obligado — habíamos leído poco antes en la prensa diaria noticias de Fidel Castro que nos alarmaron en gran manera — a pedir de un modo especial la intercesión del Santo Arzobispo de Cuba).

Así, pues, pasemos a copiar lo que nos dice del Concilio.

* * *

"La declaración dogmática de la infalibilidad del Sumo Pontífice — leemos en Documentos aubiográficos, p. 498 s. — es sumamente necesaria a la Iglesia. Es un asunto muy temido por los hombres malos; por esto han hecho todos los esfuerzos posibles en el concilio Florentino y actualmente algunos trabajan mucho en el Vaticano para que no se declare.

Referiré traducidas en castellano algunas palabras que dije en latín en la Congregación del día 31 de mayo de 1870.

Eminentísimos presidentes, eminentísimos y reverendísimos Padres: Habiendo oído un día de estos (17 del presente mes) ciertas palabras que me disgustaron en extremo (habló especialmente contra la infalibilidad el obispo José Hofele, de Rottenburgo), resolví en mi corazón que en conciencia debía hablar temiendo aquel vae del profeta Isaías que dice: ¡Ay de mí, que he callado! Y así hablaré del Sumo Romano Pontífice y de su infalibilidad según el esquema que tenemos entre manos.

Y digo que, leídas las Santas Escrituras, explicadas por los expositores católicos, considerando la tradición jamás interrumpida, después de la más profunda

meditación de las palabras de los Santos Padres de la Iglesia, de los sagrados concilios y de las razones de los teólogos que en obsequio de la brevedad no referiré;

Digo: que estoy sumamente convencido y, llevado por este convencimiento, aseguro, que el Sumo Pontífice es infalible en aquel sentido y modo que es tenido en la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Esta es mi creencia y con toda ansia deseo que esta mi fe sea la fe de todos. No temamos a aquellos hombres que no tienen otro apoyo que la prudencia de este mundo, prudencia que a la verdad es enemiga de Dios, prudencia con la que Satanás se transfigura en ángel de luz; esta prudencia es perjudicial a la autenticidad de la Santa Iglesia Romana. Finalmente digo que esa prudencia es la auxiliadora de la soberbia de aquellos hombres que aborrecen a Dios, la cual soberbia, como dice el profeta David, cada día crece y continuamente sube arriba.

No lo dudo, eminentísimos y reverendísimos Padres, que esta declaración dogmática de la infalibilidad del Sumo Pontífice será el biello o ventilabro con que Nuestro Señor Jesucristo limpiará su era y reunirá el trigo en el troje, o granera, y quemará con fuego inextinguible la paja (Lc. 3, 17). Esta declaración separará la luz de las tinieblas (Gn. 1, 4).

¡Ojalá pudiese yo en la confesión de esta verdad derramar toda mi sangre y sufrir la misma suerte!

¡Ojalá pudiese yo consumir el sacrificio que se empezó en el año 1856, bajando del púlpito después de haber predicado de la fe y de las buenas costumbres el día 1 de febrero, vigilia de la Purificación de María Santísima! Traigo las cicatrices de nuestro Señor Jesucristo en mi cuerpo (Gal. 5, 17), como lo veis en la cara y en el brazo.

¡Ojalá pudiese yo consumir mi carrera confesando y diciendo de la abundancia de mi corazón esta gran verdad: Creo que el Sumo Pontífice es infalible! Sumamente deseo, eminentísimos y reverendísimos Padres, que todos conozcamos y confesemos esta verdad. En la Vida de Santa Teresa se lee que nuestro Señor Jesucristo se le apareció y le dijo: Hija mía, todos los males de este mundo provienen de que los hombres no entienden las Santas Escrituras."

A la verdad, si los hombres entendieran las Sagradas Escrituras, clara y abiertamente verían esta verdad: que el Sumo Pontífice Romano es infalible, pues esta verdad está contenida en las Sagradas Escrituras.

Pero ¿cuál es la causa de que no entiendan las Escrituras? Tres son las causas: 1.ª Porque los hombres no tienen amor a Dios, como el mismo Jesús dijo a Santa Teresa.

2.ª Porque no tienen humildad como dice el Evangelio: "Te confieso, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas verdades a los sabios y prudentes según el mundo, y las has revelado a los humildes".

3.ª Finalmente, porque hay algunos que no quieren entenderlas, porque no quieren obrar el bien, digamos, pues, como dice David: "Dios se digne compadecerse de nosotros y bendecirnos, haga resplandecer su rostro santísimo sobre nosotros y nos compadezca". He dicho.

Este breve discurso les gustó mucho a todos los Padres del concilio por su brevedad, claridad y afecto, con otras circunstancias que aquí me callo."

He ahí un ejemplo de nuestra propia casa en confirmación de la doctrina que, Dios mediante, intentaremos exponer, a saber, que la devoción al Papado es camino real para la extensión del Reino de Cristo.

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

A PROPOSITO DE CRITICA DENTRO DE LA IGLESIA

En principio, la autoridad que procede contra la razón no dicta leyes, normas o consignas dignas de obediencia —sólo debida a la *ordinatio rationis*—, y, en tal caso, no exige, de suyo, como acto de respeto, que en público no se la condene, aunque sí que no se la condene despreciándola en sí misma, en cuanto don de Dios.

Pero no se trata de la autoridad ontológicamente considerada y en su origen y fin divinos, sino de los derechos de los súbditos, cuyo bien no debe comprometerse por una crítica indebida o inoportuna, como sería, en general, la pública y negativa, del Papa y de los Obispos. Ella, según hemos mostrado en otras ocasiones, desprestigiaría a los pastores de la grey de Cristo, y los fieles los desestimarían. Esa desestima facilitaría y aún induciría la desobediencia, aún siendo los mandatos acertados y santos.

Por esta causa, en lugar de tal crítica pública negativa, se recomiendan otros sistemas de representación, consulta, información, para lograr que los súbditos manifiesten libremente sus opiniones, criterios, deseos..., y colaboren así a que las disposiciones del superior eclesiástico sean prudentes y justas.

Pero entonces se pregunta: ¿Qué disparidad hay entre la autoridad civil y la eclesiástica, que a la primera se la crítica y, llegando el caso, se la condena en público, sin que por eso se estime perder nada la disciplina de la sociedad civil, y se teme que, criticando así a la autoridad eclesiástica, sufra detrimento el espíritu de la debida sumisión del católico a sus superiores? Aunque tienen mucho de común ambas potestades, hay, con todo, entre ellas notables diferencias.

Tienen de común venir las dos de Dios. Pero la civil resulta de la naturaleza, y es natural ella misma, aunque en este orden de providencia se ordene también, en último término, al fin sobrenatural. La eclesiástica, en cambio, es sobrenatural en su origen, fin y propia entidad. Es, pues, de suyo, más excelente y más digna de respeto, como lo es el mundo de la regeneración respecto del de la creación.

La civil no ha recibido de Cristo la promesa de providencial asistencia divina que la eclesiástica, y, de suyo, no puede *a priori* merecer la confianza que ésta.

Las normas regulativas del ejercicio de la civil son suministradas por la razón natural, aunque en este orden de providencia la fe dicte, precisamente por el magisterio eclesiástico, las últimas a que no debe contradecir, sino someterse también; pero las normas específicas que sigue la autoridad eclesiástica son, de suyo, todas positivas y sobrenaturales, si bien incluyen y elevan las que son esenciales a la naturaleza racional.

La autoridad civil posee recursos de orden material y sensible con que ejercer coacción para que la ley sea cumplida, aun contra la voluntad del súbdito, y pese a su rebelión interior contra el gobernante; pero la autoridad eclesiástica, bien que posea medios espirituales de coacción, no los posee, prácticamente al menos y con la debida eficacia, materiales; y, por eso, cuando el súbdito carece de fe viva y cordial sumisión interior, no obedece, u obedece en lo meramente exterior y sin el conveniente fruto espiritual del alma.

Por eso es tan necesario que reverencie y ame al Superior eclesiástico, a lo menos en cuanto superior, si no en cuanto hombre, y vea en él al pastor que, por designio de Cristo, lo apacienta con alimento sobrenatural, para darle vida divina y eterna. Si le pierde ese respeto de adhesión y sumisión por fe, confianza y amor, no reportará del gobierno eclesiástico los bienes sobrenaturales a que éste se ordena.

Por otra parte, la historia ha mostrado y muestra que

la autoridad civil, por no haber recibido aquellas promesas de asistencia de Cristo que la eclesiástica, por versar sobre el terreno y por encarnar con frecuencia en hombres, ya ambiciosos o ineptos, ya menos formados religiosa y moralmente, cae en muchos errores y abusos; y caería en muchos más, si no hubiera una crítica razonable, sí, y condicionada por una sabia ley, pero pública y aún, en su caso, negativa, que la oriente, estimule, refrene y corrija.

La autoridad eclesiástica también encarna en hombres frágiles, y, en ciertos períodos históricos, se ha mostrado muy lamentablemente esa fragilidad; pero en todo caso siempre el poder eclesiástico, especialmente asistido por Cristo, y como presionado por un indefectible ambiente religioso y sobrenatural de la Iglesia, es el que ha pronunciado palabras de justicia, se ha destacado, aun sobre los hombres indignos, como *lucerna in caliginoso loco*, ha intimado las normas del evangelio y ha conservado la luz de la verdad y de la santidad. Lo cual no puede decirse de la autoridad civil.

Además, va ha hecer ya dos siglos, se ha visto de tal manera protegida la autoridad eclesiástica contra el mal, que hoy no puede en modo alguno desconfiarse de ella. En la cabeza y en los miembros jerárquicos, en el Clero secular y el regular, se ha visto realizado y se ve, cuanto es posible en este mundo, el ideal de la renovación que anhelaban los buenos cristianos, los santos, los celosos apóstoles y prelados del renacimiento católico, sin poder por entonces lograrlo; y es una gloria de la Iglesia la evidente concordia con que hoy, toda la Jerarquía, secundada y ayudada por ambos cleros, se ofrece a todo el cuerpo místico y a todo el mundo como ejemplar, pese a las inevitables deficiencias humanas, así en la ortodoxia de la fe como en la santidad de las costumbres.

Por lo cual está muy generalizado y llega a obtener la unanimidad de los hombres sensatos el sentir de quienes juzgan que las ventajas sociales de la sana crítica pública y aún negativa de los gobernantes civiles superan con mucho a los inconvenientes reales también, y, por lo mismo, tal crítica ha de considerarse como una institución necesaria en el Estado de nuestro tiempo.

En cambio, tal crítica, aplicada hoy a la autoridad del Papa y de los Obispos, implica más inconvenientes que utilidades, y ha de ser, por lo mismo, proscrita. La autoridad eclesiástica, en que se reúnen las características y circunstancias que hemos enumerado antes, reportará gran utilidad, en orden al acierto y eficacia de su acción, de las bien organizadas consultas de los gobernantes a los gobernados, de la facilidad suministrada al clero y a los seglares para dar su opinión libremente sobre los problemas actuales, según los variados modos como puede darse de palabra y por escrito; pero el pueblo cristiano no reportaría ninguna de ese modo particular de opinar que consiste en la antedicha crítica pública negativa de sus pastores actuales; al revés, recibiría gran daño, en la medida en que esa crítica disminuyera en él la sumisión filial inspirada por la fe viva y el amor.

Por eso reprobamos sin vacilación, en principio, tal crítica pública negativa del Papa y de los Obispos coetáneos al crítico; y es lo único que reprobamos. Que como el que más sentimos la necesidad de la opinión pública dentro de la Iglesia como notificación a la autoridad eclesiástica de la situación que los superiores han de conocer para gobernar con acierto, y no podrán conocer exactamente sino por el testimonio y la información de los gobernados inmersos en ella, y que en ella se agitan para vivir su vida cristiana debatiéndose quizá con graves y molestas dificultades que sólo ellos pueden calibrar con exactitud.

LA IGLESIA Y LA REVOLUCION CUBANA

Una pastoral colectiva del Episcopado cubano y la reunión de cancilleres de la Organización de Estados Americanos en San José de Costa Rica el 17 de agosto, para estudiar "las fuentes de tensión internacional en el Caribe" y las actividades subversivas en América, justifica que planteemos directamente el problema de la revolución cubana tratando de explicar las posibles contaminaciones o influencias comunistas en la misma y su proyección general sobre todo aquel continente.

A pesar de la trascendencia de los hechos que vamos a exponer, su relación puede empezar por unas anécdotas mínimas, aunque bastante expresivas. Por ejemplo la de haberse creado una asociación "por la Cruz y la Patria" integrada por "católicos revolucionarios" que días antes de iniciarse la conferencia de San José, y a raíz de la pastoral colectiva del Episcopado, organizó un acto en un anfiteatro delante del arzobispado donde, sin la autorización necesaria se celebró una misa a intención de Fidel Castro, durante la cual el sacerdote oficiante marcaba el compás de los gritos revolucionarios: "¡Viva Cuba libre! ¡Cuba, sí; yanquis, no!" El presidente de la República Dorticos dirigió la palabra a los "católicos revolucionarios", a los que dijo que "no podía haber un choque entre la revolución y la Iglesia; que la Revolución sólo choca con los intereses corrompidos"... Todos los periódicos progubernamentales anunciaron esta ceremonia en su primera página; los sindicatos y las milicias invitaron a sus adheridos católicos a asistir a la misa. En la intención de los organizadores, ésta debía ser "una respuesta" a la última carta pastoral de los obispos en que denuncian el peligro del comunismo.

Como estímulo y orquestación de estos actos se han publicado los telegramas cruzados entre Fidel Castro y el presidente del Consejo Soviético Kruschef. Este dice en su telegrama a Castro: "Bajo su dirección heroica,

Cuba se encuentra en primera línea del movimiento de liberación de los pueblos". A lo que Castro contesta en su telegrama: "Vuestra simpatía nos obliga todavía más a seguir el camino es-

cológico". Aunque después de las claras denuncias contenidas en la pastoral colectiva a la que me he referido sobre el peligro de incurrir en el comunismo que amenaza al movimiento revolucionario de Fidel Castro, resultaría frívolo plantear de nuevo el tema de este peligro, juzgo sin embargo, oportuno indicar el proceso dialéctico y práctico que lleva la revolución cubana, porque en su último término se dibujarán claramente las líneas de un orden comunista, de tal forma que todo el proceso parece dirigido teológicamente por este resultado intencionado.

Desde hace tiempo se nota en Hispanoamérica una reacción antiplutocrática, nacionalista y socializante, en la que el impulso motor ideológico une íntimamente lo nacionalista y lo social. Para esas tendencias la meta de su reacción es tan incitante que pasa por alto cualquier formalismo democrático e incluso expresamente combate el fetiche democrático-liberal-burgués y capitalista. Algunos han comparado estos movimientos reactivos a los que se presentaron en Europa entre los años 1920 y 1940

El programa de Fidel Castro asocia igualmente todos estos ingredientes que voy a resumir en un conjunto de puntos que comprenden lo principal, aunque no forman una serie exhaustiva. Son: 1) Nacionalismo exaltado; 2) Aspiración a la máxima autarquía económica; 3) Sentido social revolucionario para cambiar la función de la propiedad; 4) Autojustificación sobre base popular plebiscitaria manifestada periódicamente en concentraciones multitudinarias con uniformes, gritos, y determinado ritual; 5) Desprecio de las fórmulas electorales de la democracia

liberal burguesa bajo el pretexto de la corrupción de los partidos y del mal uso del voto; 6) Creación y organización de un solo partido como instrumento del Estado revolucionario; 7) Instauración de una constitución y de leyes fundamentales sin que intervengan efectivamente los parlamentos, para que sirvan a los fines revolucionarios; 8) Desprecio de las formalidades jurídicas tradicionales implantando los tribunales revolucionarios; 9) Exaltación de los valores y virtudes guerreras de lo militar-popular con desfiles y fórmulas aparatosas; 10) Sentido agudo para la propaganda, para lo espectacular y lo retórico; 11) Incorporación de mujeres y niños uniformados para las manifestaciones políticas; 12) Exaltación del Estado y de la Revolución frente al individuo aislado, y en conjunto sentido socialista a favor del "pueblo" o de la "patria", frente al concepto individualista del "ciudadano", del "elector" o del "propietario"; 13) Bandera y consignas de moralidad frente a la corrupción burguesa-liberal de los gobiernos anteriores o de otro signo...

En la prensa de todo el mundo hemos leído graciosas anécdotas sobre la forma drástica y expeditiva con que "Che" Guevara, director del Banco Nacional cubano, maneja la máquina de emitir billetes despreciando catastróficamente la moneda cubana. Pero, una vez agotado el lado cómico de la situación merece la pena examinar si debe imputarse todo a ineptitud e ineficiencia del dirigente revolucionario o hay que examinar esta política económica bajo otra luz. José I. Rasco, que fue dos veces presidente del Banco Nacional y de desarrollo económico de Cuba; que luchó contra las dictaduras de Machado y de Batista y que a primeros de año renunció a todos sus cargos en el gobierno cubano, ve la nueva política económica bajo esta singular perspectiva. El programa de Castro se dirige a reemplazar el sistema tradicional de la libre iniciativa

Muy lejos de nuestro pensamiento condicionar, en principio, la expresión de pareceres dentro de la Iglesia a la previa consigna de la Jerarquía, como si para opinar, a lo menos en público y por escrito, se hubiera previamente de saber siempre qué es lo que opina el Papa o el Obispo sobre el punto particular en cuestión. Nada de eso, Pues el mismo Pío XII nos exhorta a dar libremente nuestro parecer en las cuestiones discutibles; y esa libertad es precisamente la garantía de una información sincera, tan necesaria o al menos conveniente, a la Jerarquía.

Incluso consideramos esa libertad como indispensable en

los actos públicos de crítica o juicios de valor, aun reprobatarios de doctrinas que se estiman falsas, actitudes y tácticas que se juzgan equivocadas o aun perniciosas; con tal que esos juicios públicos negativos satisfagan a las exigencias de la justicia y de la caridad cristiana, y no se refieran ni al Papa ni a los Obispos actuales. Sólo el historiador, armonizando el respeto y amor a la Iglesia como la objetividad podrá y deberá, lograda ya la debida perspectiva del tiempo, reprobar ciertos actos de gobierno de uno y otros, sin escándalo ni daño alguno del pueblo cristiano, antes con especial provecho.

E. GUERRERO, S. J.

por un sistema totalitario, en el cual el Estado sea el único propietario de todos los medios de producción, el director y promotor de todas las actividades económicas. El objetivo a largo plazo, dice, "es llevar a Cuba irrevocablemente al bloque económico comunista". Hasta el presente más de mil de las principales empresas agrícolas y comerciales de Cuba han sido nacionalizadas, poniéndolas deliberadamente en manos de funcionarios del gobierno que ni tienen conocimiento y tampoco interés por obtener resultados eficientes. Las mil empresas han ido ya a la bancarrota. Otras empresas privadas todavía no intervenidas por el Estado son víctimas de una estrangulación económica, conseguida mediante la restricción oficial de sus transacciones en artículos primarios y en sus mercados domésticos e internacionales. Sirviéndose del control del crédito y de los precios, estas empresas están siendo sofocadas por virtud de las presiones políticas de los sindicatos obreros avalados por el Ministerio de Trabajo. Asistimos, pues, a una violenta y arbitraria interrupción de la vida económica nacional como táctica política. Ya se han paralizado las inversiones. Cuba registra la fuga de capital mayor de su historia y su moneda nacional cotizada antes a la par del dólar, tiene hoy una tercera parte de su valor. Las consecuencias inmediatas ya registradas son éstas: una baja alarmante del nivel de ingresos y de ahorros; el haberse duplicado el paro obrero, que de siempre fue un problema económico grave en Cuba; los gastos públicos acusan ya en un presupuesto anual de 750 millones de dólares un déficit de 350 millones; la industria del turismo que es una fuente nacional de ingresos está paralizada en gran parte; las últimas reservas de oro han sido vendidas y las de dólares, muy reducidas, gastadas en compras de armas y en el pago de costosas misiones y de viajes al extranjero, así como para financiar movimientos clandestinos subversivos en toda Hispanoamérica.

A pesar de las promesas de Castro no se ha establecido ninguna nueva industria, ni se ha iniciado ningún nuevo cultivo. Todo este caos económico viene siendo perseguido sistemáticamente por Castro para unir a Cuba al bloque económico comunista. Un reciente convenio comercial entre Cuba y la Unión Soviética y otros países comunistas prevé el intercambio de productos cubanos por otros comunistas, a discreción de los rojos. Cuba se compromete a mantener abiertos los precios de compra y acepta la obligación de cooperar con el bloque comunista en las Naciones Unidas. Al

mismo tiempo, Castro asalta los intereses de los países del mundo libre, especialmente norteamericanos, provocando con ello el cierre de los mercados de exportación tradicionales. Por otra parte el incumplimiento de los acuerdos internacionales por el régimen revolucionario ha causado una contracción del crédito cubano en el mundo. Esta política tendente a destruir la propiedad privada y la economía libre, contrasta con la promesas hechas por Fidel Castro en 1957 de defender la empresa libre y la propiedad privada. Afirmó entonces que no intentaba confiscar las propiedades extranjeras que le parecían indispensables para la expansión industrial de Cuba; por el contrario que favorecería la inversión de capital extranjero a la promesa en Cuba toda clase de garantías. A cambio de éstas promesas el país está ahora amenazado de miseria, de anarquía y de caos, a la vez que se afirma cada vez más un sistema totalitario y despótico. Lejos de promover el aumento de la producción, se confisca sistemáticamente la riqueza existente para destruirla. ¿A dónde apunta este programa? Ya está sugerido anteriormente.

Es alarmante el hecho de que la revolución cubana se quiera convertir —y de hecho se esté convirtiendo— en un centro de polarización de la reacción de los países hispanoamericanos frente a la influencia de los Estados Unidos. Y la alarma radica en el hecho de que por esta brecha de "tutela de los oprimidos por el capitalismo" va ganando fuerza el comunismo en todos los países hispanoamericanos. Los cancilleres de las repúblicas americanas reunidos en Costa Rica han percibido el fenómeno y han pretendido también afrontarlo con medidas de tipo político y económico, de muy problemática eficacia. Me interesa aquí insistir más en que la Habana se ha convertido en un centro de concentración de los delegados del mundo soviético. Allí están ahora Boris Kasantsev, consejero de embajada, llegado de Moscú para representar a la URSS hasta tanto que llegue el embajador designado Sergei Kudryavtsev, que ha sido elegido por el Soviet para inaugurar las nuevas relaciones cortadas por Batista en 1952. Se da la circunstancia de que este embajador es el antiguo jefe del servicio de espionaje en los Estados Unidos. En la Habana también se encuentra Jacques Duclux como secretario del Partido Comunista francés, que al parecer ha llegado con el mismo designio que le trajo a España entre 1936 y 1939. Se encuentra igualmente en la capital cubana el jefe del Partido Comunista chino, Wu Hsiu

Chang; el directivo comunista italiano, Velio Spanno y numerosos delegados de Corea, Bulgaria, Checoslovaquia e Indonesia.

Los primeros signos de actividad de estos dirigentes comunistas empiezan a sentirse en varios países hispanoamericanos y concretamente en Argentina donde se ha publicado una nota del Comité Ejecutivo del Partido Comunista, según la cual en la última campaña mensual se han recaudado fondos para la propaganda comunista por un total de 45 millones de pesos, que la nota atribuye a la generosidad de "400.000 adherentes campesinos y obreros". Esta cifra de recaudación parece bastante sospechosa a la prensa argentina no comunista porque, después de Perón, todos los partidos políticos argentinos juntos no han tenido jamás 45 millones de pesos y ahora resulta que los comunistas dicen recaudarlos en un solo mes en la clandestinidad, puesto que el Partido está prohibido en la Argentina. También se denuncia la connivencia de los comunistas con los antiguos peronistas en un afán de conquistar masa suficiente para la subversión.

Registrado este síntoma voy a referirme a la forma de defensa que parece dibujarse en los planos político y económico americano. Los Estados Unidos, según el "Wall Street Journal" desearían "aislar el cáncer fidelista", precipitar la quiebra económica y militar de Cuba mediante una política de sanciones, incluido el bloqueo completo, la ruptura de relaciones diplomáticas y en suma, una puesta en "cuarentena" con la cooperación de las demás repúblicas americanas. Este plan no ha sido muy bien acogido en San José de Costa Rica y en sustitución se ha estudiado una organización de cooperación económica para el fomento y desarrollo de estos países para lo cual los Estados Unidos han ofrecido un fondo inicial de 500 millones de dólares. Castro ha denunciado este plan alegando que los Estados Unidos tratan de someter a estos países mediante una pluralidad de acuerdos bilaterales en los cuales se establece que la planificación, la afectación de créditos, de la mano de obra y de los técnicos es decidida en Washington sin la aprobación colectiva de la Organización de los Estados Americanos. Ahora parece que estos planes van a ser algo modificados, aunque no esté decidido si el límite de las concesiones de Washington coincide con las aspiraciones de los países que han de beneficiarse de tal ayuda. Este es el más importante problema que ha ocupado las últimas sesiones de la conferencia de cancilleres americanos en San José de Costa Rica.

JESÚS SAINZ MAZPULÉ

MEDITACION DE PAPINI: UN ASPECTO DEL JUICIO UNIVERSAL

¿Con qué estructura, con qué ordenación, pretensiones y equilibrio, deben publicarse los escritos póstumos de un escritor? Porque he aquí que, muerto Papini, los editores brindan esa su obra póstuma, su obra desconocida, inconcluida —retazos maravillosos y sangrantes, de una obra en la lenta gestación—. Ya menudo nos quedamos dudando. El "Juicio Universal", tal como nos ha sido brindado —aportación valiosísima a la colección papiniana— tiene la belleza de los templos mutilados o de las antiguas estatuas sin cabeza y sin brazos. Es un impulso más que una realización, un anhelo más que un fruto —maduro y real, maduro, estupendo y succulento—. Pero, ¿podían los editores hacer otra cosa? ¿Podía el "Juicio Universal" salir del oscuro charco de su silencio, con otras vestiduras y ataviado con otros ropajes?

Había, claro está, dos sistemas de dar a la luz los papeles de Papini: una era la manera erudita: entregarlos a la erudición, a la curiosidad del investigador, del especialista o del curioso. Otra era esa que se ha seguido: tomar los pedazos de una obra que estaba todavía en elaboración, piedras que habían de formar —en la esperanza del autor— el conjunto dinámico y significativo de un edificio elaborado vivamente, y darles —respetándolos cuidadosamente, sin herirlos con mano pecadora— una ordenación que se arrime lo más posible a una sensación de obra terminada.

Ante una obra, sin embargo, como el Juicio Universal, cuyo valor no es ya el de la pura creación literaria, porque es obra de historiador y de erudito, que se ha creado, por decirlo así, una a manera de estupenda antología de los momentos humanos destacadas de la Historia (creo que, de haberse continuado, los momentos estelares tenían que ser muchos más; falta en el Juicio Universal, demasiado negativo, lleno más de sombras que de claridades, el coro de plenitud, de esperanza y de belleza de los santos), sabía seguramente un tercer proceder, o cabrá con el tiempo y después de agotarse las posibilidades de los dos citados. Y me refiero a la legitimidad de una colectividad artística. ¿No ha habido, en otras épocas, poetas que han completado, han concluido, la obra que dejó un antecesor sin terminar? En este momento, recuerdo la continuación por Gómez Manrique de las "Coplas contra los pecados mortales" que empezó Juan de Mena, y en las continuaciones y secuelas del Amadis.

La esperanza se agrava, si se piensa, en que ésta de que tratamos es también obra de erudición. Un escritor, un estilista erudito que se empeñara en unir los pedazos dispersos —estudios realizados con una determinada finalidad que no llegó a encarnarse—, trabajo tendría en identificar la forma o el eco de todos los personajes.

La erudición de Papini es asombrosa. Sus figuras, gigantes y humanas, nos dejan a veces con una duda vacilante y leve. No sabemos, en los casos en que creemos más sinceramente hallarnos en el campo de la invención, si aquel personaje hipotético, inventado, no es sólo humano y tuvo alguna vez carne concreta.

Si aparecerá el escritor, el poeta, dotado de suficiente empuje para recoger estos pedazos de poema épico, de dimensiones apocalípticas, y dotarles de una plenitud, es cosa que nosotros no podemos vaticinar, y desear solamente en nombre de una colaboración colectiva, realizada ya en ocasiones, a lo largo de la Historia Literaria, que ningún desdoro encierra para un escritor.

El moderno individualismo liberal, calentado en el fervor romántico, prefiere la obra personal, la individual, sal-

vaje y libérrima, a la obra completa y perfecta. A ninguno, que esté en sus cabales, se le ocurriría la idea de dejar sin terminar un edificio, destinado a utilidades muy concretas, porque desaparezca el arquitecto que lo empezó. Ya sé que el arquitecto habría dejado sus planos, sus proyectos. Pero imagino que no fuera, que no quedara huella alguna de la voluntad del artista y sólo la forma inicial de una torre que empieza a trepar al cielo. ¿Será socialmente útil, en nombre de la personalidad del artista, privar a la sociedad de la obra acabada?

También la obra literaria tiene un sentido social. Si un escritor, vencido por los años y por la mente, deja a la mitad de su camino una obra de empuje, no hay inconveniente grave que impida a la sociedad encomendar a un talento creador, capaz de atisbar entre las ruinas que nacen, la conclusión de un edificio de palabras.

Pienso en las zozobras, en las vacilaciones de Papini, ante su "Juicio Universal". Por su "Diario", sabemos que se sintió tentado a destruir la obra, sin miedo de escandalizar, lo comprendo. Porque la obra, lo que Papini ha dejado, lo cosechado ya, no son sino los materiales —riquísimos materiales—; pero no el edificio concluido, perfecto.

Seguramente lo que le angustiaba era la inquietud, la duda de la unidad. Había tomado, espigado de la Historia personajes, fisonomías, seres humanos, y en este aspecto su obra es una magnífica colección de semblanzas. Diríase que nos hallamos frente a unas breves y tajantes biografías, hechas sí de lo esencial, pero también de lo auténtico. Con deslizante rapidez aparecen personalidades llenas de hondo dramatismo humano —o de honda belleza. Pensemos en Sánchez o en Fritz Schnabel—. Cada hombre nos cuenta —nos canta— su secreto.

Sospecho yo que Papini quería escribir su Divina Comedia, su pequeña o su grande Divina Comedia. Y se quedó con eso, y eso nos legó: su Danza de la Muerte. Porque, si a alguna tradición dentro de las que se incrustan en la literatura europea, hay que ligar esa colección de voces que nos cuentan su esperanza o su drama, es a las medievales Danzas macabras.

Incluso, es la misma la técnica de sátira, de sarcasmo. Nada mejor que los novísimos —¿qué importa la Muerte o el Juicio?— para desnudar de sus retóricas engañosas a los funámbulos que juegan con la humanidad.

Papini es duro, sarcástico, emplea con un brío que se resiente virilmente de ecos nietzscheanos el látigo que descubre las intimidades dolorosas de sus víctimas. Pero no hay duda de que esta Danza de la Muerte, esta Danza del Juicio —para emplear un término nuevo—, tenía en la esperanza de su creador una amplia proyección y debía traducirse en una unidad de donde brotase la voz de la sabiduría.

Así, como hubo de dejar su trabajo el escritor, la obra ofrece quizá un riesgo para algunos lectores —los jóvenes y las personas de escasa formación—. Los resucitados lanzan al ciento el clamor de sus doctrinas engañosas. Las doctrinas de los luciferinos o de los ateos —pongo por ejemplo— no tendrían ninguna consistencia dentro de una síntesis cristiana sabiamente organizada. Sin embargo, en el fragmento necesariamente aislado, la voz cobra una potencia —y a menudo una lógica— que estaban muy lejos de la intención de Papini. No nos extrañe por ello que le produjeran vértigos y vacilaciones las voces descosidas de sus personajes.

FRANCISCO SALVÁ MIQUEL